

El conocimiento dialéctico

La regulación de la acción en su
forma de reproducción de la
propia necesidad por el
pensamiento

Juan B. Iñigo Carrera

CICP

CENTRO para la INVESTIGACION
como CRITICA PRACTICA

El conocimiento dialéctico

La regulación de la acción en su forma de reproducción
de la propia necesidad por el pensamiento

Publicado por CICP

© Juan B. Iñigo Carrera 1992
Todos los derechos reservados

CICP
CENTRO para la INVESTIGACION
como CRITICA PRACTICA
Casilla de Correo 5417
1000 Correo Central
Buenos Aires
Argentina

ISBN 950-798-000-8
(edición en inglés: ISBN 950-798-001-6)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Indice

Presentación.....	vii
<i>El desarrollo del capital en acción revolucionaria conciente. Crítica de la teoría científica</i>	xiii

El conocimiento dialéctico; o sea, la regulación de la acción en su forma de reproducción de la propia nece- sidad por el pensamiento.....	1
--	---

1. Qué hacer	1
--------------------	---

2. El sujeto concreto de la acción; el desarrollo de la nece- sidad hasta alcanzar su forma concreta de libertad	11
---	----

3. La forma concreta del proceso dialéctico de conocimien- to	22
--	----

a. De la determinación de la realidad por el proceso de su reproducción ideal a la manifestación formal de esta reproducción como tal	22
---	----

b. El avance de lo singular a lo general: cono- cimiento y reconocimiento	28
--	----

c. El curso general del desarrollo de la capacidad pa- ra personificar concientemente la necesidad de las formas reales concretas	35
---	----

d. La exposición de la reproducción ideal de la reali- dad	38
---	----

4. La reproducción ideal de la realidad vista sucintamente en su unidad concreta.....	47
--	----

Presentación

Apenas observamos el desarrollo de las luchas sociales durante los últimos años, salta a la vista la singular evolución del espacio que cabe hoy día a la acción científicamente dirigida a la transformación radical de nuestra sociedad actual en una sociedad conscientemente regulada. Nos referimos, en otras palabras, a la acción revolucionaria conciente que tiene por fin la superación del capitalismo en el socialismo o comunismo.

Hasta los cultores más conspicuos de las formas ideológicas, los filósofos, se regodean hoy día proclamando a los cuatro vientos el *fin de la ideología*. Se trata del "agotamiento de las energías utopistas", nos dice Habermas; de la "decadencia de las grandes narrativas acerca de la emancipación y el progreso", acentúa Lyotard. Después de lo cual no les queda sino abrazarse al andrajoso consuelo postmoderno de la pequeñez intrascendente; la cual es tanto tal, que ni ellos mismos la encuentran satisfactoria para cubrir la desnudez pública de su propia vacuidad.

Al mismo tiempo, quienes personifican al capital de propiedad íntegramente colectiva al interior de su ámbito nacional -y, por lo tanto, tan capital para el conjunto del proletariado, y tan privado para el de los restantes ámbitos nacionales, como el que más-, urgidos por la ampliación de la escala de acumulación de éste, se ven crecientemente forzados a desarticular su máscara ideológica de representantes de la negación absoluta del capitalismo. Es decir, del socialismo o comunismo. Apenas les cabe recurrir ahora a la apologética democratista para cubrir los verdaderos límites del proceso social que encarnan: la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital.

El descubrimiento tardío de la naturaleza ideológica del *marxismo* -es decir, del representarse, y por tanto degenerar, a la reproducción ideal de las formas específicas de la sociedad actual, avanzada por Marx, como una concepción del mundo, un sistema de pensamiento- diezma las filas de sus antiguos partidarios. Algunos lo abandonan para mantenerse simplemente en la cresta de

la ola, hoy postmoderna. Pero otros, para afirmar su necesidad de personificar la genuina transformación del capitalismo en una forma social superior.

Pues bien, si para algo se bastan por sí solas estas formas concretas de las luchas sociales, es para poner en evidencia la ampliación sustancial del espacio que cabe actualmente a la acción revolucionaria conciente. Qué puede expresar con mayor elocuencia el avance de la necesidad social del desarrollo de esta acción, sino el reconocimiento, desde el propio campo de la enajenación ideológica, del mero carácter precisamente ideológico de las concepciones con que el capital pretende vaciar de su verdadero contenido a la acción en cuestión. Difícilmente se haya manifestado, en toda la historia del capitalismo, la demanda social por la acción revolucionaria conciente con mayor claridad y energía que las aparentes hoy día.

Bien podemos decir, entonces, que la necesidad de la acción humana basada en el conocimiento científico se impone como nunca. Y, efectivamente, ni bien se vuelve la mirada hacia esta forma de acción, se la ve manifestarse en su potencia, revolucionando renovadamente las condiciones materiales de la producción social. Desarrollando en este revolucionar las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Proyectando así crecientemente a estas fuerzas, más allá de hasta donde les cabe tomar forma en la regulación capitalista del proceso de metabolismo social.

Pero tan pronto como enfrentamos al conocimiento científico en sí mismo, en tanto abstractamente tal, el panorama cambia por completo. Los plañidos autocomplacientes de Popper tienen aquí la última palabra: "aunque nunca podremos justificar racionalmente nuestras teorías, ... podemos al menos discutir las racionalmente". Contra cuya contundencia no se levanta más que el degradado "*everything goes*" de Feyerabend. Cuando no, la mera reafirmación declarativa de la verificabilidad de las teorías en la práctica; declaración que no tiene más que su énfasis para ocultar la imposibilidad de su sostén lógico. O, colmando ya la degradación del conocimiento científico, la patética elevación de su contrario, la abstracta fantasía, a verdadera esencia suya; esto es, la afirmación del carácter heurístico de las teorías. La práctica científica viene a terminar científicamente convertida así en una suerte de "él dice que yo digo que él dice", capaz de discurrir indefi-

nidamente sin encerrar más contenido de realidad que estos dimes y diretes mismos. Hermenéutica, tal el santo y seña con que la *comunidad científica* abre paso a esta masa de letra muerta que pretende sea tomada por signo de vitalidad científica; que tampoco es cuestión que cualquier chismoso concluya un buen día que ha practicado la ciencia toda su vida sin haberse enterado.

Semejante circunstancia no es para sorprender a nadie: con aceptación actual que no puede ser más universal, el conocimiento científico se nos manifiesta teniendo a la construcción de teorías acerca de las concatenaciones reales por forma naturalmente necesaria. Se nos manifiesta así, en general, representándose a estas concatenaciones reales, es decir, a la determinación -o sea, al afirmarse mediante la propia negación, a la contradicción-, por las relaciones de medida de las formas reales concretas, en base a la *lógica formal*, pero también lo hace, representándose a la determinación por la interpenetración, la oposición (simple o *sobreterminada*), la *autonomía relativa*, de los contrarios, en base a la *lógica dialéctica*, más o menos especificada. Seguido de modo íntegramente consecuente, el propio método de esta forma de conocimiento científico, del conocimiento teórico, pone en evidencia por sí mismo la irreductible exterioridad de su producto, la representación ideal de las concatenaciones reales, respecto de la necesidad de éstas. Y, con esta evidencia, la de la exterioridad igualmente irreductible entre el conocimiento científico teórico y el propio fin genérico del conocimiento científico; tal es, la regulación de la apropiación real de la materia, la regulación de la acción, bajo la forma de apropiación ideal de la necesidad de la materia.

Con la liviana soberbia necesaria para juzgar los algo así como cinco mil millones de años que tiene potencialmente por delante la vida humana sobre la Tierra -para no ir en este cómputo más lejos- desde la mezquina óptica de quien es producto de los apenas tres primeros millones de años de historia humana, los propios científicos se apresuran ahora a declarar la imposibilidad de la reproducción ideal, por el pensamiento, de la realidad. Al punto que, dar por sentada la determinación ideológica de todo conocimiento científico, pasa corrientemente por crítica históricamente conciente irreductible a la actual forma general de éste. Y son los propios científicos quienes condenan consecuentemente al conocimiento científico, por toda la eternidad y sin atenuantes

como le corresponde por su imputada limitación innata, al terreno de las *utopías agotadas*, de las *grandes narrativas liberadoras*. Hasta al más descarado cretinismo apologético del capitalismo no le queda nada por pedir: en boca de sus genuinos representantes, el mismísimo método científico declara haber alcanzado el *fin de su historia*, que *el futuro ya está aquí*. Si uno tuviera el vigor expresivo de Orwell, bien podría afirmar que si se pasea la mirada desde el científico al ideólogo y desde el ideólogo al científico, es imposible ya decir cuál es cuál.

Por cierto, la presente acentuación del deterioro de la imagen de la ideología y del alcance de la ciencia no es por completo ajena al contemporáneo desarrollo de la crisis de superproducción general. El avance inmediato hacia ella, y particularmente ella misma, toman normalmente forma concreta en la descomposición del optimismo apologético; así como en la puesta en tensión del conocimiento científico, que se ve de esta suerte ineludiblemente enfrentado con sus propios límites. Mas, una vez renovadas en la crisis las bases del proceso de acumulación de capital, resurge el optimismo ideológico y las propias limitaciones pasan al terreno de los malos, y mejor olvidables, recuerdos. En la parte correspondiente a este resurgimiento, la doble pérdida de la fe no es, pues, ni novedosa ni duradera.

Pero la magnitud del vacío actual, puesta en evidencia por esa doble autodeclaración de bancarrota, vale, por sí misma y por sobre esta circunstancia, como expresión del grado de maduración alcanzado por la necesidad de la transformación radical del propio método del conocimiento científico. Y, con todo, esta autodeclaración no es sino pálida expresión de la necesidad positivamente puesta de manifiesto, en este mismo sentido, por el desarrollo actual de la regulación conciente del proceso de metabolismo social, y hasta por el propio desarrollo de las condiciones materiales de este proceso. Manifestación positiva que, sin embargo, recién emerge en el avance de la reproducción, de estos desarrollos, por el pensamiento.

Es que se trata, verdaderamente, del desarrollo de la necesidad del capital de aniquilarse a sí mismo en una forma social superior: la regulación conciente del proceso de metabolismo social, o sea, en el comunismo o socialismo. Se trata así, específicamente, *del desarrollo del capital en acción revolucionaria conciente*. Y, por lo tanto, del desarrollo de la organicidad misma de la acción revolu-

cionaria del proletariado, del desarrollo del conocimiento científico como forma concreta necesaria de la acción política radical.

Por cierto, la teoría científica crítica toma esta cuestión como su propio objetivo. Pero, aun en aquellas de sus versiones que gustan presentarse como las más radicalizadas, la teoría científica no es capaz de ir más allá del choque con una sarta de contradicciones aparentes. Así, ya ha llegado a ser un lugar común el darle vueltas y más vueltas a las formas concretas esenciales de la organicidad de la acción revolucionaria del proletariado, para terminar pretendiendo que el problema se resuelve simplemente con darle un nombre ingenioso:

- la estructura económica de la sociedad determina la superestructura política, ideológica, de ahí, la conciencia del proletariado y, luego, la acción revolucionaria. Esto es, la determinación necesaria del cambio radical de la estructura económica. Invocar la *supremacía en última instancia* de la estructura, la *autonomía relativa* de la superestructura, la *sobredeterminación* de esta *dialéctica*, etc., carece de más sustancia que el ser una manera de salir del paso.

- el capitalismo lleva en sí la necesidad de autoaniquilarse en el socialismo, pero el socialismo no tiene otra posibilidad que la acción voluntaria del proletariado. La verdadera relación entre necesidad y libertad no tiene cómo ser descubierta mediante su representación como la dialéctica exterior de *voluntarismo* y *fatalismo*, de *activismo* y *pasividad*, del ser *revolucionario*, *reformista* o *conformista*.

- las teorías generales llegan a la formulación de ciertas leyes necesarias, pero cualquiera que tenga que vérselas con las cuestiones prácticas de todos los días sabe que hay un abismo entre aquéllas y éstas. Tan frecuentes y verbosas como son, las justificaciones del vínculo entre *el modelo teórico*, *el marco teórico*, y la *práctica concreta* no pueden hacer más que asemejarse a lo que Marx refería como la dialéctica del "por una parte ..., por otra parte ...".

- el conocimiento científico es un producto de clase, pero la ideología es la negación absoluta del conocimiento científico. La apelación a *la superioridad de la ciencia proletaria*, la *genialidad de sus maestros fundadores*, a su *verificación histórica*, no es sino la afirmación del producto ideológico más genuino del capital: que la ideología toma necesariamente la forma del método científico

mismo.

- el conocimiento científico aparece actualmente teniendo a la formulación de teorías por forma natural; pero las teorías son imposibles de ser puestas en evidencia como verdaderas o falsas previamente a la acción; y aun después, aunque a tal altura poca diferencia hace realmente. Por lo tanto, las teorías científicas sólo son formas de *interpretar* al mundo y, como tales, la negación misma de la acción conciente. El socialismo es el proceso humano de metabolismo social concientemente regulado, vale decir, el proceso de metabolismo social científicamente regulado. En consecuencia, tanto como el conocimiento científico esté condenado a la interpretación, el socialismo está condenado a la imposibilidad. A decir verdad, la teoría científica crítica no ha apelado al conjuro de un nombre para liberarse de esta desgracia: es lo suficientemente acrítica como para pasar por alto la contradicción aparente aquí involucrada.

Estas cuestiones tan escabrosas en apariencia se encuentran claramente presentes en la muy manifiesta crisis del conocimiento teórico que se ve a sí mismo como crítico, en particular del marxismo. Pero se encuentran igualmente presentes en la crisis actual del método científico en general. Tal pobreza de la teoría científica es por sí misma suficiente para señalar que semejantes enigmas aparentemente irresolubles no involucran a esta o aquella teoría, sino a la teoría científica en sí. Y que la crítica de la ciencia existente hoy día no toma cuerpo en la construcción de una nueva teoría, sino en la superación de la teoría científica misma. No se trata, pues, de concebir una nueva *representación de la realidad*, condenada por su sola condición de tal representación a responder a una necesidad constructiva ajena a la necesidad real, a una lógica. Se trata de *apropiar virtualmente a la realidad reproduciendo su necesidad mediante el pensamiento*, de la *reproducción ideal de la realidad*.

No es el conocimiento científico, forma concreta que asume la regulación conciente del proceso humano de metabolismo social, quien se encuentra ante el fin de su historia. Quien lo está, es la teoría científica, forma histórica específica de ese conocimiento cuando éste se desarrolla como potencia enajenada en el proceso humano de metabolismo social autónomamente regulado mediante la producción de valor: así como la teoría científica nace allí donde el imperio de la producción mercantil se abre temprana-

mente paso, el avance del capital hacia su autoaniquilación en la regulación conciente del proceso humano de metabolismo social evidencia ya hoy día la necesidad del perecimiento de la teoría científica como forma general de la apropiación de la realidad por el pensamiento.

El desarrollo del conocimiento científico como regulación de la transformación de la sociedad actual en la de los individuos libremente asociados es, por lo tanto, la *crítica de la teoría científica*. Encaro el desarrollo genérico de la organicidad de la acción revolucionaria conciente del proletariado, desplegando su necesidad del siguiente modo:

El desarrollo del capital en acción revolucionaria conciente
Crítica de la teoría científica

I. *El conocimiento dialéctico*

I. El conocimiento dialéctico; o sea, la regulación de la acción bajo su forma de reproducción de la propia necesidad por el pensamiento: de la inmediatez de la acción a la determinación de su sujeto concreto (el desarrollo de la necesidad hasta alcanzar su forma concreta de libertad), las formas concretas de la reproducción ideal de la realidad (el método del conocimiento dialéctico)

II. El conocimiento matemático; o sea, el conocimiento de la medida de la propia necesidad: la determinación que se niega a sí misma como tal y la falta de necesidad real cuyo desarrollo reproducir idealmente; la forma concreta de la medición del cuanto, o sea, del proceso matemático de conocimiento: de la representación de las relaciones de cantidad como abstractamente tales (la lógica), a la representación de la medida de las formas abstractas reales por las relaciones de medida de sus formas concretas.

II. *La determinación histórica del conocimiento dialéctico*

III. El desarrollo de la materia en ser genérico humano: la determinación de la materia como desarrollo histórico general, o sea, como universo; la vida: la regulación del proceso de metabolismo individual, la regulación simple del proceso de metabolismo social, de la especificidad animal al género humano.

IV. El desarrollo del ser genérico humano en capital; o sea, la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital: la regulación general del proceso de metabolismo social mediante

la apropiación ideal de la realidad; el sistema de regulación autónomo del proceso de metabolismo social; las potencias históricas del capital: la regulación conciente del proceso de metabolismo social

V. La conciencia como potencia del capital; o sea la conciencia enajenada: el desarrollo de la mercancía en la mutua independencia individual como forma de la interdependencia social; la forma concreta individual de la regulación social; la incompatibilidad del capital con el conocimiento dialéctico como forma general del conocimiento científico

VI. La ciencia del capital en tanto puramente determinada por la apropiación de plusvalía; o sea la resolución de la contradicción entre la necesidad del capital de someter toda la producción y el consumo a la ciencia y su necesidad de la conciencia enajenada: la representación teórica de la realidad por las relaciones de medida de las formas concretas de la misma; la ideología bajo la forma del método del conocimiento científico.

VII. El marxismo; o sea, la degradación de la reproducción ideal de la realidad, ante el avance de esta reproducción realizado por Marx, a una concepción del mundo, a un sistema de pensamiento: sus manifestaciones concretas en la reducción de la regulación conciente general del proceso de metabolismo social -el socialismo o comunismo- a su contrario específico, la regulación autónoma capitalista (y, por lo tanto, la elevación del capitalismo a forma social eterna): los casos de la reducción de la determinación y de su conocimiento a la exterioridad, del *problema* de la transformación del valor en precio de producción, de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción al interior de un proceso nacional de acumulación de capital.

III. El conocimiento científico como forma concreta necesaria de la acción revolucionaria

VIII. La realización de la acción política concreta: la organización política del proletariado y el despliegue del conocimiento científico.

Me encuentro actualmente trabajando en el desarrollo de lo aquí sucintamente señalado. Sin embargo, la exposición de las formas del conocimiento dialéctico en tanto específicamente tal sirve ya por sí misma como punta de lanza para el trabajo necesariamente colectivo en que toma cuerpo la reproducción ideal de

nuestra necesidad real; hoy por hoy, la regulación conciente de la transformación radical de la sociedad. De ahí, la decisión de publicar de manera independiente el primer capítulo del desarrollo completo. Decisión tomada asumiendo el riesgo del propio carácter parcial de este primer capítulo. Y, por sobre todo, a expensas de la necesidad de precederlo por esta presentación, inevitablemente exterior respecto de la reproducción por el pensamiento de las determinaciones reales involucradas.

Juan B. Iñigo Carrera

Buenos Aires, octubre de 1991

El conocimiento dialéctico; o sea, la regulación de la acción en su forma de reproducción de la propia necesidad por el pensamiento

1. Qué hacer

"Los filósofos no han hecho sino *interpretar* al mundo de diferentes maneras; de lo que se trata es de *cambiarlo*."¹ Nos ubicamos, desde el vamos y fuera de toda duda, en el terreno de la acción, de la práctica.

Es en este terreno que nuestro primer paso reside en contestarnos acerca de la forma concreta de nuestra acción. Acerca de qué hacer². Nuestra acción transformadora nos dice así, con sólo

¹ Marx, Karl, 11ª tesis sobre Feuerbach. "Die Philosophen haben die Welt nur verschieden *interpretiert*; es kömmt drauf an, sie zu *verändern*." *Thesen über Feuerbach*, Marx/Engels Ausgewählte Werke, Dietz Verlag, Berlin, 1985, T. I, p. 200. (Más de una de las traducciones al español corrientemente disponibles de los textos que vamos a citar presentan distorsiones significativas respecto de su original. De ahí la utilización de traducciones propias siempre que ha sido posible obtener la edición en idioma original. Hemos realizado las traducciones del alemán en colaboración con Carlos Lehmacher. De todos modos, para facilitar la ubicación de las citas en su contexto en español, se indica una traducción publicada a la que puede recurrirse con las salvedades correspondientes. Para la presente cita: *Tesis sobre Feuerbach*, Marx/Engels Obras escogidas, Editorial Ciencias del Hombre, Buenos Aires, 1973, T. IV, p. 11).

² Sí, por supuesto, a la acción de quién vamos a estar refiriéndonos a esta altura, sino a la de nosotros mismos en la inmediatez de nuestra singularidad de sujetos concretos; a la mía, a la del lector que ha comenzado aquí mismo a reproducir críticamente por su cuenta el desarrollo expuesto. El despliegue de la necesidad de nuestra propia acción no nos ha presentado, por ahora, otra razón para esta acción, como no sea el

imponernos este primer paso suyo, que no es simplemente ella; que es ella y al mismo tiempo un algo distinto: el *qué hacer*. Nos hace saber que lleva en sí, por lo tanto, una determinación que no se reduce a ella misma. Y esto es lo más que nuestra acción transformadora puede decirnos acerca de sí misma en su inmedia-

hecho mismo de habernos puesto en camino. La necesidad de nuestra acción debe desplegar entonces, desde esta inmediatez suya, su propia razón; vale decir, la determinación de nuestra singularidad de sujetos concretos. Y, así, llegar a dar cuenta de esa inmediatez misma. Salta a la vista pues, que a este despliegue no le cabe en modo alguno arrancar sin más con el consabido discurrir interpretativo acerca de la unidad entre teoría y práctica, acerca del sujeto revolucionario, acerca del sujeto en general o de cualquier otro tópico por el estilo; discurrir que todo académico que se precie ha de echar seguramente de menos; y sin el cual no faltará el superficial incorregible que crea ver en nuestra necesidad de acción, nada más que un impulso abstractamente compulsivo. Pero no menos ajena a la inmediatez en que nos encontramos que tales sesudas interpretaciones, lo es la pretensión de desarrollar la crítica de ellas en este mismo lugar. Antes bien, todo lo que la existencia de tales interpretaciones nos da lugar ya a decir es que, así como la necesidad de nuestra acción debe dar cuenta de sí misma en su propio despliegue, ella debe dar cuenta, allí mismo, de por qué no se nos presenta la necesidad de meternos de cabeza en cualquiera de las representaciones en cuestión que son moneda corriente; y, en consecuencia, la necesidad de nuestra acción debe dar cuenta de la necesidad misma de estas representaciones. "Si me propusiera a esta altura *cortar por anticipado* todas las consideraciones por el estilo [[originadas, las específicamente en cuestión, en la ausencia del despliegue inmediato de la transformación del valor en precio de producción, pasando por alto que tal despliegue presupone el de las determinaciones propias del proceso de circulación del capital]], echaría a perder el método dialéctico de desarrollo en su integridad. Al contrario. Este método tiene de bueno que continuamente *pone trampas* a estos tipos [el estrecho de mente y economista vulgar], provocándolos a la inoportuna manifestación de su necedad." "Wollte ich nun alle derartigen Bedenken *vorweg abschneiden*, so würde ich die ganze dialektische Entwicklungsmethode verderben. Umgekehrt, Diese Methode hat das Gute, daß sie den Kerls [der Spießers und Vulgärökonom] beständig *Fallen stellt*, die sie zur unzeitigen Manifestation ihrer Eselei provozieren." Marx, Karl. Carta a F. Engels del 27 de julio de 1867. Marx/Engels Werke, T. 31, Dietz Verlag, Berlin, 1965, p. 313. [texto original intercalado J.I.C.]; [aclaración agregada J.I.C.] (para contexto en español puede verse: Marx, Carlos *El Capital*, T. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. 686).

tez, por mucho que la encaremos e interroguemos una y otra vez.

Para seguir adelante con la realización de nuestra acción como acción cuya regulación nos pertenece, como acción conciente, no nos cabe sino enfrentar al *qué hacer* mismo. Al hacerlo, el *qué hacer* se nos muestra no menos escurridizo, en su abstracta inmediatez, que nuestra acción en la suya. Se nos muestra en tal inmediatez, como él mismo a la par que un otro, la necesidad de nuestra acción. Después de lo cual, tampoco el *qué hacer* tiene nada para agregar respecto de sí mismo, como no sea a través de lo que pueda decirnos esta necesidad de nuestra acción a propósito de ella misma. Veámonoslas, pues, con la necesidad de nuestra acción. Esta necesidad sólo puede señalarnos a nuestra voluntad transformadora como el otro que lleva en sí; otro en el cual reside su propia necesidad. Pero nuestra voluntad transformadora no puede decirnos, respecto de su propia necesidad, sino que sólo nos cabe buscarla en lo que ella tiene de voluntad transformadora propia del proletariado. Cuando enfrentamos a la voluntad proletaria, ella tampoco puede darnos razón inmediata de sí misma. Antes bien, nos responde que, siendo su razón la que nos interesa, debemos comenzar por buscarla en su interior; en su condición de simple voluntad de clase. Mas el choque con la ausencia de inmediatez respecto de la propia necesidad se repite: las clases se limitan a decirnos que debemos buscar la suya, ante todo, en cuanto ellas llevan en sí de reproducción del proceso de acumulación de capital.

Detengámonos por un momento a esta altura del desarrollo de nuestra acción transformadora. Hasta aquí, ésta se ha materializado en la búsqueda de la necesidad de sus formas concretas. Como tal, ha alcanzado a decirnos que lleva en sí a la voluntad transformadora del proletariado. Pero ha alcanzado a decirnos, igualmente, que la voluntad del proletariado no se basta, por sí misma, para dar cuenta de su propia necesidad; que esta necesidad la trasciende. Con lo cual, nuestra acción transformadora nos ha dicho que, así como la transformación del mundo lleva en sí a la acción voluntaria del proletariado, ni las formas concretas -y, por lo tanto, la organización política del proletariado-, ni la potencia transformadora de esta acción, nacen simplemente de dicha voluntad misma.

Si queremos continuar avanzando en la realización de nuestra acción conciente no nos queda pues, por ahora, otro camino que

enfrentarnos a la reproducción del proceso de acumulación de capital. Pero, en lo que respecta a su propia necesidad, esta reproducción no hace sino remitirnos a su contenido de proceso de valorización del capital. Cuando abordamos a éste, se nos muestra encerrando, en tanto simple proceso de valorización del valor, al proceso de simple producción de valor, de producción de simples mercancías. Producción que se empecina en ponernos ante la del vínculo social entre los productores privados independientes en un sistema de metabolismo social autónomamente regulado. Al interrogar a este sistema acerca de su propia necesidad nos responde que debemos comenzar por buscarla en su condición de proceso de vida humana. Pero a la vida humana no le cabe tampoco desplegar su necesidad por sí misma. Pretende que, ante todo, nos remontemos en lo que ella tiene de proceso de metabolismo simplemente natural. Tan pronto lo hacemos, este proceso se nos presenta con su necesidad emergiendo de su condición de simple existencia determinada. Existencia determinada que, a su vez, nos impone, para respondernos acerca de su necesidad, enfrentarla en lo que lleva en sí de pura existencia; de materia como abstractamente tal.

Puestos a la búsqueda de la necesidad de nuestra acción, nos hemos visto así compelidos, so pena de mutilar tal conciencia, a avanzar enfrentando manifestaciones particulares de la realidad mediante nuestro pensamiento. Cada una de estas manifestaciones no ha podido decirnos, acerca de sí misma, sino que es ella a la par que un otro que lleva en sí; y, por lo tanto, que si su necesidad es lo que nos interesa, no nos queda más lugar para comenzar a buscarla que en este otro. El curso de nuestro avance no ha podido, pues, sino remontarse analíticamente al interior de nuestro punto de partida a lo largo del vínculo así definido. Tal ha sido su propia necesidad. Pero al alcanzar, por este camino, a la materia como pura existencia y enfrentarla, no nos encontramos con que ella encierre en su interior a un otro en el cual radique su necesidad. En tanto simplemente tal, la materia nos muestra, así, que nuestra acción transformadora de la sociedad la encierra a ella -a la materia- como su contenido más simple. O sea, que tal acción es una forma material. Pero nos muestra, al mismo tiempo, que nuestra conciencia, en tanto simple conciencia de tal materialidad abstracta que ha llegado a ser hasta aquí, es aún incapaz de dar cuenta de la necesidad de siquiera la más general de las formas concretas

en que nos cabe realizar nuestra acción. Agotada nuestra posibilidad de aquel remontarnos analítico, estamos lejos todavía de haber completado nuestro primer paso en el terreno de la acción con conocimiento de causa. Así y todo, tal agotamiento es el único camino abierto ante nosotros que no lleva en sí la inmediata aniquilación de este primer paso. Y, bien podemos decirlo, el despliegue de la mitad del mismo.

Como abstractamente tal, la materia no se limita a mostrarnos que no encierra en sí a un otro del cual brota su necesidad. Más aún, evidencia esta simplicidad suya precisamente porque nos muestra que ella es, por sí misma y no por otro, necesidad de negarse como simplemente tal existencia abstracta para afirmarse como existencia concreta. Lo que la materia nos dice directamente en su pura simplicidad, es que ella es necesidad inmediata de afirmarse mediante su propia negación, de determinarse; que ella es devenir. Y nos lo dice, realizando esta necesidad que le es propia frente a nosotros: la pura existencia deviene existencia determinada; aquella existencia que habíamos dejado atrás buscando la necesidad de su ser. Al reaparecer ahora de este modo en nuestra presencia, la existencia determinada lo hace con esta necesidad suya ya desplegada; es decir, lo hace como forma concreta bajo la cual la forma abstracta realiza su propia necesidad. Nos encontramos, pues, ante el despliegue del correspondiente momento de la necesidad de nuestra acción. No nos cabe sino apropiarse este momento en su virtualidad, reproduciéndolo mediante nuestro pensamiento³.

Lejos de interrumpirse por alcanzar a la materia en su simplicidad absoluta, como que ésta es puro devenir, el fluir de nuestro curso se ve renovado. Al enfrentarnos ahora a la materia simplemente diferenciada cuyo surgimiento acabamos de presenciar, ella

³ Por más que afilemos nuestra capacidad analítica, la materia se niega a abrirle curso al interior de su simplicidad de pura existencia. No hace sino enviarnos de vuelta, en su negarse como simplemente tal para afirmarse por sí misma como devenir. Se encarga así de señalarnos *al ser y a la nada* como las abstracciones puramente mentales que son; y, en consecuencia, como ajenas por completo al conocimiento de las abstracciones reales más simples. Lo cual, lejos de condenarlas a la indiferencia, nos pone sobre la pista de la necesidad de tales abstracciones en el terreno de las formas ideológicas de la representación de la realidad.

nos dice que, en tanto necesidad realizada, es la forma concreta de la simple materia. Para agregar al punto, con la elocuencia que le da el trascender de sí en un otro distinto ante nosotros, que, precisamente como tal forma concreta, no es aniquilación del devenir sino necesidad ella misma de determinarse por sí. Nos dice así que ella es, por ser forma concreta del devenir, necesidad de afirmarse mediante su propia negación; y como tal, forma abstracta ella misma. Naturaleza de las formas concretas de la materia, que cada una de ellas se va a encargar de hacernos evidente, realizándola para nosotros en cuanto la alcancemos acompañando el desarrollo de la necesidad de la forma inmediatamente más abstracta de la cual brota.

Ni bien la materia despliega su pura necesidad de determinarse como materia diferenciada, esta determinación suya toma forma concreta en el afirmarse del devenir mismo mediante su propia negación como simplemente tal. En el desarrollo de esta afirmación, la forma cuya necesidad se realiza deviene una otra que, a la par de tener tal necesidad como realizada en su interior, la tiene como necesidad a realizar que le es propia. En tanto abstracta, esta forma no realiza ya su necesidad saliendo simplemente de sí para determinarse como forma concreta. Tiene esta necesidad suya transformada en necesidad de reproducirse a sí misma como forma abstracta. En tanto forma concreta, lleva en sí a su propia necesidad de devenir, como condición de su existencia. La materia se nos presenta, así, determinándose como materia viva. Y, consecuentemente, la necesidad de nuestra acción, desplegada hasta lo que ella tiene de proceso de metabolismo puramente natural. Con lo cual no es poco lo que la materia nos dice respecto de nuestra necesidad misma de dar cuenta de la necesidad de nuestra acción: el avance en la apropiación de la virtualidad específica del medio es, de suyo, el desarrollo de la capacidad del sujeto social para regular su proceso de metabolismo. Pero no por ello la materia deja de decirnos, con el mismo vigor, lo lejos que nos encontramos aún de haber satisfecho tal necesidad. Apenas alcanzamos a la materia bajo su forma concreta de proceso de metabolismo puramente natural, ésta se nos muestra en su necesaria inquietud como forma abstracta. Es que este proceso trasciende de ser simplemente tal, afirmándose como capacidad genérica de desarrollarse a sí mismo a través de la producción de su medio; esto es, a través de transformar al medio

de ajeno en uno para sí, al someterlo a la propia capacidad de trabajo. El proceso de metabolismo puramente natural realiza así su necesidad transformándose en proceso humano de metabolismo social. De modo que, toda la necesidad de nuestra acción determinada por aquel proceso, lo está bajo la forma concreta propia de éste.

El proceso humano de metabolismo social se pone por sí solo en movimiento en nuestra presencia. Lo hace desarrollándose en su potencia para apropiarse realmente al medio más allá de donde alcanza su capacidad actual para regular tal apropiación en base a la apropiación de la virtualidad de sí mismo. O sea, llevando la cooperación entre sus miembros por encima de la capacidad de éstos para, reconociéndose mutuamente en el desarrollo de sus respectivos procesos de metabolismo individual, coordinar directamente a los mismos como momentos de tal proceso de metabolismo social. El proceso en cuestión se nos presenta, así, determinándose como proceso humano de metabolismo social autónomamente regulado. Proceso donde la sociedad asigna su capacidad total de trabajo entre las distintas modalidades concretas de éste representándose, al trabajo abstracto materializado en los productos de los trabajos concretos desplegados por los productores privados independientes, como la capacidad de estos productos para relacionarse entre sí en el cambio. Esto es, donde la relación social general del proceso de metabolismo productor de su propio medio deviene mercancía; y el trabajo abstracto, representado de aquel modo, el valor de las mercancías. Es ahora la mercancía quién nos lleva hacia adelante en la búsqueda de la necesidad de nuestra acción. Lo hace al ir presentándonos su propio desarrollo en tanto unidad concreta de su forma natural, valor de uso, y de su forma social específica, de su forma valor. En este desarrollo, la cambiabilidad de las mercancías se niega como simplemente tal, para afirmarse como cambiabilidad directa sólo de la mercancía que todas ellas destacan como su equivalente general, del dinero. Y, de ahí, la producción mercantil se nos presenta realizando su necesidad al tomar por objeto general la producción de este representante general del valor, la producción de la relación social general en su manifestación concreta.

La producción social como producción del valor trasciende de sí realizando su necesidad en la valorización del valor mismo, en la producción de más valor por medio del propio valor; en la

transformación del dinero en capital. La producción del capital comienza así a desplegarse ante nosotros en la compra de la fuerza de trabajo -mercancía cuyo valor de uso específico reside en su capacidad para producir valor- por su valor. Se continúa en el consumo productivo de la fuerza de trabajo por más tiempo que el necesario para la producción de ella misma. Para cerrarse con la venta de las mercancías en que se corporiza aquel consumo, por el valor de éstas; retorno a la forma dinero que arroja la correspondiente plusvalía respecto del capital lanzado originalmente a la circulación. En tanto cúmulo de medios de producción y medios de vida para los obreros que se presenta a abrir su metamorfosis productiva, el capital nos dice cómo somete al trabajo vivo a su necesidad de valorizarse. Al punto de determinar como productivo, no ya al trabajo que transforma al medio en uno para sí, y ni siquiera al que produce valor, sino tan sólo al trabajo que produce plusvalor. El capital nos lanza a la cara así que él, trabajo materializado y, como tal, medio del proceso humano de metabolismo social, se ha adueñado de las potencias genéricas de este proceso. Para agregar que, les guste o no semejante enajenación de sus potencias genéricamente humanas, a la burguesía y al proletariado no les cabe sino personificar estas potencias ahora suyas, del capital. Como que, nos abunda el capital realizando su necesidad de simple proceso de valorización trascendiendo en reproducción de ese proceso, es él quien produce y reproduce a los seres humanos dándoles forma concreta de burguesía y proletariado. El capital refriega de este modo en nuestras narices, la evidencia de que, cualquiera sea nuestra necesidad de actuar transformando radicalmente al mundo, ella le pertenece como la que más. Tal necesidad no puede ser sino forma concreta necesaria de su existencia, por mucho que la realización de la misma sea la de su propia aniquilación.

La simple reproducción del capital avanza en la determinación de sí misma, transfigurándose en producción del capital en escala ampliada, en proceso de acumulación de capital. La plusvalía relativa -incremento de la tasa de plusvalía por medio de la reducción del tiempo de trabajo necesario para producir a la fuerza de trabajo- se niega con ello en su simplicidad, para afirmarse como forma concreta general de este proceso. Como tal, su forma simple -el incremento de la capacidad productiva del trabajo en las esferas que directa o indirectamente producen los me-

dios de vida para los obreros asalariados- deviene una doble determinación a la trascendencia de simplemente sí del proceso de acumulación de capital. Doble determinación con la cual confluye la carrera por el incremento circunstancial de la tasa de plusvalía individual en las esferas ajenas a la producción señalada. Tal incremento tiene, por forma general, la misma que el de la plusvalía relativa tiene por concreta: el incremento circunstancial de la capacidad productiva del trabajo que cada capital pone individualmente en acción, por encima de la social.

Ante todo, la reproducción del incremento de la capacidad productiva del trabajo tiene, como forma concreta general, la creciente concentración de las masas de capital individualmente puestas en acción. Necesidad que choca contra la propiedad privada del capital. Y no meramente con formas particularmente restringidas de esta propiedad, sino con ella en sí misma. En su desarrollo, aquella necesidad lleva en sí la negación de la propiedad en cuestión como forma concreta necesaria de la acumulación de capital, haciéndola afirmarse como un límite absoluto a esta acumulación. A la par, la reproducción del incremento de la capacidad productiva del trabajo tiene, por forma concreta igualmente general, el sometimiento de todos los aspectos de la producción al conocimiento científico; la reproducción del simple incremento de la plusvalía relativa, igual sometimiento en lo que respecta al consumo. De donde, al exhibirse ante nosotros en el desarrollo de su necesidad general como proceso de acumulación, el capital, nuestra relación social específica, nos dice que lleva en sí la necesidad de aniquilar, tanto a su base histórica concreta, cuanto a su razón histórica de existir. Tanto a la propiedad privada en general, cuanto a la insuficiencia del desarrollo de la capacidad humana para apropiarse a su propio proceso de metabolismo social en la integridad de la virtualidad de éste, o sea, para regularlo concientemente. Pero, con ser el capital mismo quien nos muestra tal necesidad, nos dice, de modo no menos contundente, lo lejos que está de haber trascendido ya en tal aniquilación. El capital nos dice, así, que lleva en sí a esta aniquilación como potencia; y, más específicamente aún, como potencia que, así como avanza en su realización con el desarrollo de la acumulación de capital, se renueva con este desarrollo como tal potencia.

Al avanzar en la concentración de la escala individual del

capital y la organización científica de la producción y el consumo, el proceso de acumulación de capital se nos manifiesta superando la estrecha base de la propiedad privada, ya en cuanto ésta personifica directamente en la burguesía la organización general de dicho proceso. El capital despoja con ello a la burguesía de su *derecho* histórico a existir. Al tiempo que determina al mismo proletariado de cuyo plustrabajo se nutre, con la mediación de desarrollarlo en cuanto obrero colectivo, como tal personificación general suya. Personificación que no encierra ya en sí limitación alguna a su condición de tal. Y que es, por lo tanto, la forma concreta más genuina del proceso de acumulación de capital. Es pues el proletariado quien lleva en sí la necesidad de personificar la aniquilación del capital. Esta aniquilación es, de suyo, la de las clases sociales. La de la burguesía, lisa y llanamente; de ahí que ésta se le resista con uñas y dientes. Pero, en esta misma aniquilación, el proletariado realiza su propia necesidad, negándose absolutamente como tal, por cierto, para afirmar sus potencias como potencias humanas de los individuos libremente asociados; es decir, de los sujetos concretos del proceso humano de metabolismo social concientemente regulado. Por muy enajenada en el capital que esta potencia revolucionaria se encuentre, o mejor dicho, precisamente por ser tal potencia enajenada, ella se nos muestra así como potencia propia del proletariado. Y, como que se trata de la organización general del proceso de acumulación del capital, de la producción de la relación social general actual, como potencia que tiene a la acción política revolucionaria del proletariado por forma concreta general. ¿Qué hacer sino realizarla?

Ahora sí, tenemos desplegada ante nosotros la necesidad específica de nuestra acción. Esta puede reconocerse a sí misma como forma concreta necesaria de existencia de la materia⁴. Espe-

⁴ "Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento, por eso, como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, a pesar de ser el verdadero punto de partida, y, por lo tanto, también, el punto de partida de la intuición y de la representación. En el primer camino [el análisis], la representación plena era condensada a la determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamien-

cíficamente, de las potencias del capital que llevan en sí la necesidad de éste de afirmarse mediante su propia negación, bajo una forma que ya no lo reproduce como especie⁵. Vale decir, de aniquilarse a sí mismo en una forma social superior: el control conciente del proceso de metabolismo social, o sea, el socialismo o comunismo⁶.

2. El sujeto concreto de la acción; el desarrollo de la necesidad hasta alcanzar su forma concreta de libertad

Salidos en pos de la necesidad de nuestra acción, nos hemos encontrado forzados a desplazarnos a lo largo de una amplia variedad de formas reales. Hemos debido remontarnos analíticamente, de esa necesidad, al proletariado; del proletariado, a las clases sociales; de las clases sociales, al capital; del capital, al dinero; del dinero, a la mercancía; de la mercancía, al proceso humano de metabolismo social; de éste, a la simple materia viva;

to." "Das Konkrete ist konkret, weil es die Zusammenfassung vieler Bestimmungen ist, also Einheit des Mannigfaltigen. Im Denken erscheint es daher als Prozeß der Zusammenfassung, als Resultat, nicht als Ausgangspunkt, obgleich es der wirkliche Ausgangspunkt und daher auch der Ausgangspunkt der Anschauung und der Vorstellung ist. Im ersten Weg wurde die volle Vorstellung zu abstrakter Bestimmung verflüchtigt; im zweiten führen die abstrakten Bestimmungen zur Reproduktion des Konkreten im Weg des Denkens." Marx, Karl *Manuscrito* editado como *Einleitung [zu der "Grundrissen der Kritik der politischen Ökonomie"]*, Marx/Engels Ausgewählte Werke, Dietz Verlag, Berlin, 1985, T. II, p. 486 (para contexto en español puede verse: *Manuscrito* editado como *Introducción, Contribución a la crítica de la economía política*, Editorial Estudio, Buenos Aires, 1975, p. 213).

⁵ "El capital es el poder económico todo dominante de la sociedad burguesa. Debe constituir tanto el punto de partida como el punto final,..." "Das Kapital ist die alles beherrschende ökonomische Macht der bürgerlichen Gesellschaft. Es muß Ausgangspunkt wie Endpunkt bilden ... werden" Marx, Karl *Manuscrito* editado como *Einleitung ...*, *op. cit.*, T. II, p. 493 (para contexto en español puede verse: *op. cit.*, p. 221).

⁶ De aquí en más utilizaremos indistintamente, para referirnos al proceso de metabolismo social concientemente regulado, cualquiera de estos dos nombres genéricos suyos.

de aquí, a la materia determinada en general. Dejamos entonces ésta atrás, para vérnoslas con la simple existencia. Movimiento con el cual no hemos hecho sino renovar la inquietud del traspaso, en la inversa reaparición y superación de cada una de esas mismas formas a medida que van desplegando su necesidad particular. Sin embargo, por más absoluto que tal desplazamiento pueda parecer, no nos hemos movido ni siquiera un pelo fuera de nuestro objeto original. En ninguno de sus momentos, la reproducción ideal de nuestra necesidad real ha transitado a través de alguna determinación que no se encontrara al interior de la acción revolucionaria con conocimiento de causa. La firmeza de nuestra restricción a ella salta a la vista por la forma misma del traspaso en que este mantenerse en sí toma cuerpo.

Cuando nos enfrentamos analíticamente con la forma real recortada por nuestra percepción inmediata, se nos presenta como ella misma a la par que un otro: su propia necesidad de existir. Se nos presenta, así, como forma concreta que es tal por llevar en sí a su propia forma abstracta. Necesidad de existencia de una forma real, esta forma abstracta no puede ser ni más ni menos real que su concreta. En su pura realidad, una y otra sólo se diferencian entre sí por la modalidad con que portan la misma necesidad real. La necesidad real que la abstracta tiene como potencia que la especifica en tanto tal, la tiene la concreta como necesidad actual correspondientemente especificativa. La potencialidad real de la forma abstracta es actualidad real en la concreta. La segunda es la realidad desplegada de la primera; la primera realizada. Potencia ya desarrollada en acto, la forma abstracta sólo enfrenta a nuestra percepción inmediata, transfigurada en forma concreta. Por su parte, tal percepción se encuentra absolutamente limitada a la exterioridad misma de su objeto. Apenas si puede conocer a éste en la inmediatez de su realidad actual; actualidad que incluye, por supuesto, a la necesidad que se encuentra en ella como potencialidad a realizar. Y qué decir de nuestra apropiación de la forma abstracta, no ya en la virtualidad de su realidad, sino en su realidad misma. Tal apropiación se hace de la forma abstracta tan sólo en lo que, de ella, tiene la concreta a la cual transforma en sí misma. Es la realidad propia de la forma abstracta la que nos la hace a ésta asequible, en tanto

puramente tal forma abstracta, sólo idealmente⁷.

⁷ *Todas las cosas están llenas de dioses*, Tales de Mileto. La particular relación entre las formas abstractas reales y la modalidad de la apropiación humana de ellas como tales, es el punto de apoyo de toda la representación de la naturaleza misma de estas formas abstractas reales como contrapuesta a la *materialidad* de sus formas concretas, como una pura *inmaterialidad*. Inversión de donde se sigue necesariamente, como que la necesidad de las formas concretas reside verdaderamente en las formas abstractas de las mismas, la naturaleza *inmaterial* de la determinación de las formas concretas reales. Y que la realización de las formas abstractas es la transformación de las mismas de *inmateriales* en *materiales*. Tal representación es encarnación históricamente necesaria de la regulación enajenada del proceso humano de metabolismo social. Mientras -correspondientemente al desarrollo de esta regulación enajenada- el conocimiento humano apenas alcanza a las formas abstractas de las reales concretas más inmediatas a éstas, la representación en cuestión se corporiza en el animismo primitivo. En éste, cada forma real concreta se representa encerrando una forma *inmaterial* que la determina, por su inmediatez, primero en su singularidad, luego en tanto especie. A medida que aquella regulación específicamente enajenada extiende su base genérica -la apropiación ideal de las formas reales- la representación como *inmaterial* de la naturaleza de las formas abstractas reales se desarrolla en formas religiosas que van abarcando determinaciones cada vez más generales de la materia. Pasa así del panteísmo a los monoteísmos locales, y luego a los monoteísmos universales. Donde llega a abarcar con especificidad puramente religiosa, como cristianismo, a la unicidad en la diversidad de la determinación de las formas concretas. Pero ya antes, comienza a aflorar la conciencia de que es la idealidad del proceso de apropiación de las formas abstractas como tales, la que subyace en la concepción de la *inmaterialidad* de éstas. Al principio tímidamente, invertida en su propia inversión, poniendo a las ideas como las representantes, la forma de existencia, de esa *inmaterialidad*. Hasta que, en manos de Hegel, la inversión idealista alcanza su simplicidad irreductible: Hegel pone a la reproducción ideal de la realidad, esto es, a la forma material del proceso de apropiación íntegra de las formas abstractas como tales, en el lugar de la materialidad de estas formas, como la *inmaterialidad* misma de ellas. Después de lo cual, a la filosofía idealista no le queda nada nuevo por decir; ha llegado al fin de su propio desarrollo. Fin que, hasta en su misma forma, lleva en sí su inmediata superación en la reproducción de la realidad por el pensamiento; y, con esta reproducción, el fin de toda la filosofía como forma de desarrollo de la conciencia social. La filosofía idealista sólo puede alcanzar su fin, pues, cuando a la regulación del proceso de metabolismo social no le basta ya con tomar forma en la

Al descubrir por el análisis a la necesidad de existir de la forma recortada por nuestra percepción inmediata no hemos traspasado pues, ni real ni idealmente, de esa forma a otra exterior a ella. Ni, tampoco, a una supuesta -o sea, introducida idealmente- por nosotros; tan ajena a la forma real que enfrentamos como la que más. Lo que hemos hecho ha sido penetrar idealmente en el interior de la forma real en cuestión. Penetración profundizada luego, tantas veces como la forma abstracta consecuentemente descubierta se nos ha mostrado encerrando en su interior a su propia necesidad de existir como una pura potencia; es decir, encerrando en su interior a otra forma de nuestro objeto real, más abstracta aún que ella misma. Así, hasta que nos hemos topado con una forma abstracta de nuestro objeto real que no lleva en sí a su propia necesidad de existencia como potencia a realizar, como forma abstracta suya. Por el contrario, ella es simple necesidad de determinarse, de trascender de sí afirmándose en su propia negación. Esta forma simple real tiene pues a la necesidad de su propia existencia como necesidad inmediatamente actual; es existencia en sí misma. Pero tanto como esta existencia actual suya es necesidad de trascender de sí, tal forma simple es, al mismo tiempo, existencia en potencia. Potencia que realiza deviniendo forma concreta; esto es, realización de la contradicción, del negarse para afirmarse, virtualmente inmanente a ella. Afirmación de la forma simple mediante su negación como tal, la forma concreta es la reproducción real de la necesidad de afirmarse mediante la propia negación. Y como tal se despliega en el desarrollo de formas cada vez más concretas de nuestro objeto real. Al acompañar este movimiento real con nuestro pensamiento, no hemos salido de la forma más abstracta de nuestro objeto concreto a otras ajenas a ella, sino reproducido idealmente la metamorfosis en que esta forma más abstracta despliega su necesidad. Hemos seguido de este modo, a nuestro objeto real, en la integridad de la extensión de su propio desarrollo. Lo hemos seguido, pues, hasta donde tiene su existencia concreta actual, no

conciencia enajenada, y necesita comenzar a hacerlo como conciencia libre. Claro está que tampoco la cosa es como para tirar simplemente la filosofía al tacho de los desperdicios: con el conveniente retroceso profesoral, se encuentra todavía en condiciones de prestar excelentes servicios al capital como lisa y llana ideología.

ya como necesidad realizada, sino como necesidad a realizar. Nos hemos apropiado idealmente, así, de la necesidad de sus potencias en cuanto objeto real concreto. Y, precisamente, de la realización de estas potencias se trata. Nuestro objeto se nos muestra, entonces, en la plenitud de lo que verdaderamente es: un *sujeto*.

La materia es *el* sujeto. Sujeto que tiene, por forma más simple de existencia, el afirmarse mediante la propia negación, el devenir, la necesidad de determinarse⁸. A lo largo de su despliegue,

⁸ Tal vez escandalice ya a quienes conciben a la representación de la realidad por sus relaciones de medida como forma excluyente del conocimiento científico, que la materia no nos haya presentado a sus diferencias micrométricas más pequeñas, es decir, a las partículas subatómicas, como su forma más simple. Pero estas partículas no sólo son forma concreta de determinaciones específicas de la materia. El conocimiento de su medida, y aun el de ellas mismas, es en sí mismo ajeno al despliegue general de la necesidad de nuestra acción concientemente transformadora de la organización social. Y así lo es, por mucho que su conocimiento por medio de la representación de sus relaciones de medida sea, hoy día, condición general para la realización del proceso social de producción en cuanto simple proceso material. Más aún -con necesidad que veremos en su momento-, la superación, por este último conocimiento, de las limitaciones a las que lo sujeta su condición de representación -esto es, la transformación del mismo en reproducción ideal de su objeto- presupone el desarrollo de aquel despliegue. "[Por] ... el *principio atomístico* ..., al reducir la infinita multiplicidad del universo a esta simple oposición [*aquí* átomos y *al lado* el vacío] y al atreverse a reconocer aquélla por medio de ésta, ... [[al que se suma]] la relación igualmente trivial y exterior de la *composición*, que todavía debe sobrevenir para alcanzar la apariencia de un concreto y de una multiplicidad, ... padece la física en las moléculas, partículas, tanto como la ciencia política, que parte de la sola voluntad de los individuos." "[An] ... das *atomistische Prinzip* ..., die unendliche Mannigfaltigkeit der Welt auf diesen einfachen Gegensatz [sich *hier* Atome und *daneben* das Leere] zurückführt und sie aus ihm zu erkennen sich erkühnt, ... [[...]] das gleich triviale und äußerliche Verhältnis der *Zusammensetzung*, das noch hinzukommen muß, um zum Scheine eines Konkreten und einer Mannigfaltigkeit zu gelangen, ... leidet die Physik in den Molekülen, Partikeln ebenso sehr als die Staatswissenschaft, die von dem einzelnen Willen der Individuen ausgeht." Hegel, G.W.F. *Wissenschaft der Logik*, Werke in zwanzig Bänden, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1969, T. V, L. I, pp. 184-186. [texto original cambiado de orden J.I.C.]; [[hilación agregada J.I.C.]]. (para contexto en español puede verse: *Ciencia de la lógica*, Editorial Solar, Argentina, 1976, pp. 146 y 147).

esta necesidad se manifiesta como la que en cada forma concreta del sujeto tiene su existencia actual plena sólo como un poder ser. Como la potencia que cada una de estas formas lleva en sí. Y, por lo tanto, como la forma concreta de la necesidad que las determina a ellas, formas concretas, como abstractas. Formas abstractas que, a su vez, se afirman negándose a sí mismas: realizan su potencia deviniendo concretas.

Bajo su modalidad más simple, la necesidad portada por la forma abstracta es una potencia de realización inmediata. Pero esta modalidad simple se afirma mediante su propia negación en el encerrar, la forma abstracta, potencias cuyas formas realizadas son mutuamente excluyentes en el mismo sujeto concreto; potencias que existen junto con sus contrarias, determinando a una misma forma abstracta como tal. Semejante forma abstracta lleva en sí la necesidad de tomar una determinada forma concreta así como la que se opone a ésta. Las potencias en cuestión no se encuentran ya, en ella, como un simple poder ser. Lo están como un poder ser que, al mismo tiempo, es un poder no ser; como posibilidad o contingencia. La forma abstracta se desarrolla necesariamente, ahora, no en una forma concreta, sino en una diversidad de éstas: unas, realización de unas potencias suyas, otras, de otras. Así, hasta que se abren paso todas las potencias que encierra en su interior. La forma abstracta se niega de este modo como simplemente tal, afirmándose como género. Sus correspondientes formas concretas hacen otro tanto, metamorfoseándose en las especies diferenciadas en que toma cuerpo la realización de la necesidad del género.

Posibilidad ya realizada, a la especie le es, ante todo, por completo ajena la determinación de su propia posibilidad. Desde su punto de vista, la realización de la necesidad -la causalidad- toma la forma de la casualidad, de la accidentalidad. De la necesidad que no es, al mismo tiempo, necesidad alguna⁹. A la par que, negación de la negación, cada especie, considerada por sí, se nos

⁹ De semejante punto de vista unilateral se nutre la reducción de la casualidad a su apariencia, la abstracta accidentalidad vacía de toda determinación. Reducción particularmente tentadora para la representación de las formas abstractas reales por las relaciones de medida de las formas concretas de éstas, que necesita creer en la falta de toda necesidad inmanente a sus objetos.

presenta como la materialización absoluta de aquellas de las potencias genéricas que la han particularmente determinado¹⁰; y estas potencias, como el conjunto de las circunstancias o condiciones de la respectiva especie. Pero la determinación de la realización de la posibilidad se desarrolla, a su vez, negándose como ajena -por tanto casual y aparentemente inmediata- respecto de la forma concreta específica. Lo hace afirmándose en la determinación, por esta forma, de su propia necesidad como modalidad concreta de realizarse la posibilidad. Esto es, en cuanto forma concreta que se adueña de sus propias condiciones y las transforma, por sí, en existencias concretas; en cuanto *vida*. Tal forma concreta es así forma necesaria de existencia de otras formas concretas de la materia que, hasta allí, se le enfrentaban como potencias que le eran ajenas. Tiene, en consecuencia, la forma genérica de la acción transformadora que se regula a sí misma. Acción que avanza en su apropiación real de las condiciones que la determinan, adueñándose las antes en la misma virtualidad de éstas. Es decir, reconociéndose, a sí misma, como forma necesaria de realizarse la posibilidad en cuestión: apropiándose virtualmente de las formas de cuya posibilidad le cabe ser portadora, tal acción puede luego apropiarse realmente de estas formas, imponiéndose como forma concreta de la necesidad de transformarse de las mismas. De sujetos exteriores a ella, la acción

¹⁰ Esta apariencia da pie a la creencia en la determinación inmediata como única forma concreta de existencia de la necesidad; o sea, a la metafísica determinista. De la cual se sigue que, allí donde la necesidad se nos enfrenta como posibilidad o contingencia -y correspondientemente como casualidad o accidentalidad- no hay sino un insuficiente conocimiento de su determinación. A semejante concepción todo se le hace representarse a la forma abstracta por su forma concreta ya desarrollada, pasando por alto la transformación que media entre ambas. Transformación en la cual, la necesidad que se encontraba plenamente determinada como posibilidad, deviene posibilidad realizada. Es decir, un poder ser o no ser que se ha negado como tal para afirmarse como ser simplemente determinado. Sea como desarrollo puramente cualitativo. Sea como desarrollo cuantitativo; temporal, por caso típico. "Dios no juega a los dados": así ha resumido Einstein el tan inescapable como angustioso debatirse del conocimiento científico centrado en la representación de la realidad por sus relaciones de medida, entre esta metafísica y su aparente contraria, la de la abstracta accidentalidad.

referida las transfigura de este modo en sus objetos. Se trata, por tanto, de la acción transformadora que conoce su propia necesidad.

Allí donde la acción transformadora que conoce su propia necesidad se corporiza, el sujeto de la misma comienza por enfrentarse a su propio objeto como lo que éste verdaderamente es para él en tal momento: algo exterior a sí como tal sujeto. De ahí que, bajo su forma más simple, el conocimiento alcanza a la necesidad de la propia acción sólo en cuanto ésta se manifiesta virtualmente como vínculo inmediato entre la mutua necesidad del sujeto y el objeto. Tal forma de conocimiento no pasa, en consecuencia, de la exterioridad misma de su objeto. Se encuentra determinada, así, como conocimiento inmediato. Conocimiento que, por su alcance, no es de suyo capaz de reconocerse a sí mismo como tal. Este conocimiento inmediato trasciende de sí, desarrollándose en la apropiación virtual de la necesidad que se remonta, en el despliegue de esta necesidad, más allá de la manifestación inmediata de la misma. El conocimiento inmediato trasciende de sí, pues, en el conocimiento por medio del pensamiento; en la apropiación ideal de la realidad. Al avanzar sobre las determinaciones abstractas de la acción, este conocimiento deviene un proceso capaz de reconocerse a sí mismo como tal apropiación ideal; un proceso conciente de sí mismo. El conocimiento cobra, así, forma de conciencia.

El sujeto que se dispone a adueñarse idealmente de la necesidad de su propia acción no deja, por ello, de comenzar por enfrentarse al objeto de esta acción como a algo que le es exterior. Y, en consecuencia, con este objeto por su exterioridad inmediata. Exterioridad inmediata cuya apariencia el sujeto supera al avanzar sobre las formas abstractas de su objeto. Pero al realizar este avance se topa, ante todo, con la exterioridad de las formas abstractas mismas. De donde, la apropiación de la necesidad real por el pensamiento tiene, por forma específica más primitiva, al poner idealmente por sí en relación causal a las formas reales -abstractas y concretas- a partir de como ellas se le presentan. O sea, al concebir mentalmente vínculos entre las formas reales en base a la exterioridad de éstas; y, por lo tanto, independientemente de la necesidad de las mismas. El conocimiento deviene, así, una construcción mental de causalidad ajena a la real: la *representación* ideal de la realidad. La acción basada

en tal representación no puede más que, en el mejor de los casos, conocer a su propia necesidad por las concatenaciones aparentes de ésta; vale decir, de un modo correspondientemente exterior. En el peor, no pasa de imaginársela de una manera puramente fantástica. De ahí, el límite específico que tiene la potencia de esta acción.

La apropiación por el pensamiento de las formas reales en su virtualidad supera la exterioridad de estas formas acompañándolas idealmente en el desenvolvimiento de su necesidad real. Modo en que reproduce mentalmente las concatenaciones reales de las mismas. Toma así forma de *reproducción* ideal de la realidad. Al reproducir idealmente la necesidad de las formas reales, la acción transformadora se apodera virtualmente de su propia necesidad en la integridad de ésta. Con lo cual su potencia no encuentra un límite en la forma misma de ese apoderamiento: la acción transformadora que conoce su propia necesidad mediante la reproducción ideal de la misma es la forma concreta más desarrollada del devenir, o sea de la materia, con las que nos enfrentamos. Se trata, más que obviamente, del ser genéricamente humano en la plenitud específica de su desarrollo actual.

Vista ahora exteriormente, sólo porque se encuentra completamente determinada como forma concreta necesaria de la materia, la acción humana puede transformar a otras formas de ésta en formas para sí; y, por lo tanto, transformarse a sí misma. En tanto fuera ajena a tal determinación -en otras palabras, no encarnara el desarrollo de la necesidad de la materia bajo las formas concretas correspondientes-, la acción humana sería impotente para actuar sobre cualquiera de las formas concretas en que esa necesidad se despliega; sobre cualquiera de las formas concretas de la materia. Así como lo es un alfiler respecto de la capacidad de hacerse añicos de aquello que únicamente puede ser destruído a mazazos. Y sólo porque se encuentra completamente determinada como forma concreta necesaria de la materia, la acción humana deviene necesariamente, en la evolución histórica, una acción *libre*: una acción que conoce su propia necesidad en la integridad de ésta¹¹.

¹¹ "La libertad de la voluntad no es, pues, otra cosa que la capacidad de decidir con conocimiento de causa. Por lo tanto, cuanto *más libre* sea el juicio de un ser humano respecto a una determinada cuestión, con tanta mayor *necesidad* va a estar determinado el contenido de ese juicio; ... [la

Claro está que, allí donde la necesidad presentaba su forma concreta de casualidad, la acción humana que la ha realizado puede aparecer, siempre desde un punto de vista exterior, con sus determinaciones invertidas. Esto es, determinando por sí la existencia de la necesidad de que se trata, y no como la forma concreta de realizarse ésta¹². Por caso, la transformación radical del capitalismo en la regulación conciente del proceso de metabolismo social no tiene más forma general de realizarse que la acción voluntaria del proletariado. Pero aquella transformación tiene a esta acción por tal forma, en tanto en la voluntad del proletariado mora la necesidad, la *voluntad*, del capital de aniquilarse a sí mismo en esa forma social superior. De ahí la potencia revolucionaria de dicha acción voluntaria. A quien restringe su visión de la acción voluntaria del proletariado a la forma concreta inmediata de la realización de la transformación del capitalismo, esta acción se le aparece despojada de toda potencia, como no sea la que surge de la voluntad del proletariado misma. No en vano, en semejante exterioridad, la posibilidad del capitalismo de aniquilarse a sí mismo se presenta, no como la necesidad absoluta de éste, sino como la ausencia de tal necesidad en él; y, más bien, como la pura y simple negación de la misma. Al amparo de esta aparente absolutización de la potencia de la acción voluntaria del proletariado, la verdadera potencia de esta acción como forma concreta de la necesidad histórica específica del capitalismo, deja

libertad] es, ..., necesariamente un producto del desarrollo histórico." "Freiheit des Willens heißt daher nichts anderes als die Fähigkeit, mit Sachkenntnis entscheiden zu können. Je *freier* also das Urteil eines Menschen in Beziehung auf einen bestimmten Fragepunkt ist, mit desto größerer *Notwendigkeit* wird der Inhalt dieses Urteils bestimmt sein; ...; sie [Freiheit] ist ... notwendig ein Produkt der geschichtlichen Entwicklung." Engels, Friedrich *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft* ("Anti-Dühring"), Marx/Engels *Ausgewählte Werke*, Dietz Verlag, Berlin, 1985, T. V, p. 128 (para contexto en español puede verse: *El Anti-Dühring*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1967, p. 123).

¹² La conversión de la posibilidad de esta inversión en representación general de la relación entre la acción humana y su objeto corresponde al desarrollo de la conciencia cuando las potencias de la humanidad se le enfrentan a ésta como potencias que le son ajenas. Sólo nos cabe, a esta altura, señalar la existencia de la referida posibilidad, así como la existencia de su tránsito necesario a representación generalizada.

forzosamente paso a la endeblez causal de sus propias formas concretas transfiguradas -con la exclusión de sus determinaciones- en puras abstracciones: la solidaridad, la organización, la moral libertaria del proletariado. Y, junto a éstas, a la aún más endebleseudocausalidad de la realización de los abstractos *valores humanos eternos*, de la *justicia social*.

La acción concientemente regulada mediante la reproducción de la realidad por el pensamiento lleva en sí, pues, el avanzar en el despliegue ideal de la necesidad del sujeto sobre el que va a operar, al punto de poder reconocer a su propia forma concreta -es decir, reconocerse a sí misma- como forma concreta necesaria de existencia de las potencias de este sujeto. Forma histórica concreta de la regulación del proceso humano de metabolismo social, la acumulación de capital se torna en el objeto concreto mismo de la producción y el consumo social. El capital deviene, así, el sujeto específico del proceso de metabolismo social autónomamente regulado. Como tal sujeto, el capital es la forma concreta de la vida humana bajo la cual todas las potencias genéricas de esta vida se transfiguran en potencias del producto social. De modo que la mismísima vida humana concreta deviene personificación necesaria del capital, forma de existencia de éste. Pero, si esta inversión alcanza su plenitud en la acumulación del capital, ya la mercancía la lleva originariamente en sí, como la necesidad general de los productores privados independientes de producir valor, transfigurando a la producción de valores de uso en el vehículo de la producción de la relación social general. La mercancía es, pues, el sujeto social específico más simple allí donde el proceso de metabolismo social toma forma en un sistema de interdependencia general autónomamente regulado¹³. Sujeto que realiza su necesidad como tal transformándose en capital, al darle a esta regulación autónoma su forma acabada de producción de valor: su forma de valorización del valor. El capital tiene, por potencia histórica específica, su transformación en un proceso de metabolismo social concientemente regulado; transfor-

¹³ "... no son sujetos ni el "valor" ni el "valor de uso", sino que solamente lo es la *mercancía*. ...que es el concreto económico más simple." Marx, Karl *Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Wagner*, editadas en *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, T. I, pp. 716 y 718.

mación social en cuya personificación erige al proletariado. En su desarrollo, esta potencia revolucionaria del capital elimina por sí a su contraria, a la mera reproducción del capitalismo. Ella es, por lo tanto, una necesidad histórica simple, no una posibilidad, del capital, en lo que este mismo la determina. Dicho de otro modo, una necesidad histórica del capital a cuya realización no le corresponde estar determinada, en sí misma, como posibilidad. Pero esta realización del capital se materializa necesariamente en la realización de aquella potencia que es su contraria; se materializa, pues, como proceso histórico. De donde, a las formas concretas de realizarse la necesidad simple del capital de aniquilarse a sí mismo en una forma social superior no les cabe otra forma inmediata de necesidad que la de posibilidades de esa potencia contraria a esta necesidad simple. Tal es, para empezar no más, la forma concreta de la necesidad de la determinación cuantitativa temporal de la aniquilación en cuestión¹⁴.

Realización histórica del proceso de metabolismo social conscientemente regulado -o sea, de la expresión plena de la acción transformadora que conoce su propia necesidad-, cuyo desarrollo toma la forma concreta de posibilidad en la reproducción de su contrario, la transformación radical de la sociedad se corporiza específicamente como inmediatamente tal en la acción conciente del proletariado fundada en la reproducción de la realidad por el

¹⁴ Tan propia como esta forma de la necesidad lo es de la determinación de nuestro ser social histórico, lo es de nuestro ser natural individual. Desde su nacimiento, todo individuo lleva consigo la necesidad simple de su propia muerte. Ajena en sí misma a la posibilidad, esta necesidad no tiene otra forma concreta de realizarse que como posibilidad del desarrollo de su contrario, el proceso de vida individual. La enajenación del ser genérico humano en el capital deja a la persona humana tan sólo en posesión de su abstracto ser individual. Y, con ello, vacío de la capacidad simple de tomar conciencia de las determinaciones de esta individualidad abstracta. De ahí que la conciencia de la forma de la necesidad en cuestión no se encuentre menos determinada por esa enajenación respecto de la individualidad natural humana que respecto del ser social histórico. Más aún, el desarrollo de la conciencia de las propias determinaciones individuales mediante la reproducción ideal de éstas tiene como momento suyo ineludible, al desarrollo de igual conciencia en relación con las propias determinaciones genéricas; como que las primeras determinaciones son forma concreta necesaria de las segundas.

pensamiento. Nuestra acción revolucionaria sólo lleva en sí el pleno, y por tanto verdadero, conocimiento de causa -en otras palabras, es una acción concientemente revolucionaria- cuando, en cada momento y lugar, se reconoce a sí misma como la forma concreta en que se realiza la necesidad inmanente al capital de desarrollar las fuerzas productivas materiales de la sociedad hasta "hacerse saltar a sí mismo por el aire"¹⁵.

3. La forma concreta del proceso dialéctico de conocimiento

- a. De la determinación de la realidad por el proceso de su reproducción ideal a la manifestación formal de esta reproducción como tal

Nuestra apropiación ideal de la realidad comienza por enfrentarse con el sujeto cuya necesidad va a reproducir, por la forma de este sujeto que nos es cognoscible con independencia de la participación del pensamiento en este conocimiento en sí. Esta porción de nuestro conocimiento se nos presenta así, desde el punto de vista de la apropiación ideal de la realidad, como una percepción inmediata. Allí donde finaliza la capacidad de la percepción inmediata para apropiarse virtualmente la necesidad del sujeto real sobre el que vamos a actuar, nace la necesidad de la apropiación ideal misma. Con lo cual, la forma concreta que nos es inmediatamente apropiable se nos presenta como la exterioridad de dicho sujeto. Considerados como momentos abstractamen-

¹⁵ En tanto aniquilación de sí mismo, el capital sólo porta potencialmente a las formas concretas específicas del proceso de metabolismo social concientemente regulado como su propia absoluta negación. Fuera de esta expresión suya como pura negatividad, la potencialidad del capital no alcanza a las referidas formas concretas, ni en lo que ellas tienen de necesidad simple, ni en lo que tienen de necesidad posible: estas formas concretas son completamente ajenas a tal potencialidad. Lo mismo ocurre con la potencialidad de la mercancía. Esas formas son, pues, en igual medida, completamente inexistentes hoy día. En consecuencia, la pretensión de su conocimiento no es sino un mezquino discurrir en torno a formas puramente fantásticas; la de su personificación, hipocresía de sicofante.

te independientes del proceso de apropiación de la realidad por el pensamiento, el producto de la percepción inmediata es, pues, el punto de arranque de la reproducción ideal en sí. Más estrictamente aún, esa percepción es el punto de arranque del proceso de análisis que integra esta reproducción; proceso de análisis que, a partir de la exterioridad percibida, debe avanzar descubriendo por medio del pensamiento las formas cada vez más abstractas de la necesidad del sujeto que le concierne. La realidad que aprehende nuestra percepción inmediata no es, entonces, una forma simplemente propia del sujeto percibido y, como tal, por completo exterior a nosotros mismos. Esa realidad es la unidad entre la manifestación exterior de las determinaciones de este sujeto y las determinaciones propias de nuestra capacidad de percepción, de nuestro sentido perceptor. Nada es azul simplemente en sí mismo. El *azul* es la unidad real entre las determinaciones de cierta luz, superficie, estado atmosférico, etc. y el funcionamiento normal de nuestro sistema visual; tan de nuestra determinación es la realidad inmediatamente apropiada, que basta una alteración de este funcionamiento mientras las determinaciones inherentes a la exterioridad percibida permanecen intactas, para que el *azul* no sea tal *azul*. En su desarrollo indisolublemente unitario, el análisis y la reproducción ideal en sí del sujeto sobre el que vamos a actuar necesitan dar cuenta, en consecuencia, de las determinaciones reales mismas de nuestra capacidad de percepción inmediata concretamente en juego respecto de la realidad exterior inmediatamente percibida de ese sujeto.

La determinación de la realidad aprehendida por nuestro proceso de percepción inmediata, que brota de este mismo proceso, puede ir más lejos que la simple unidad entre las condiciones de nuestra capacidad de percepción y la exterioridad de la necesidad que abordamos para reproducir. Al enfrentarnos a una forma concreta, nuestro proceso de percibirla en su inmediatez puede tornarse, él mismo, en determinación de la necesidad de esta forma, al transformarla respecto a cómo se encontraba originalmente allí. Circunstancia que no es para horrorizar a nadie. En primer lugar, esta percepción es la forma material del proceso de conocimiento que se relaciona, en su materialidad misma, con la materialidad de la forma real cuya necesidad va a apropiarse idealmente dicho proceso. En segundo lugar, la circunstancia que

nos ocupa no introduce condición alguna al proceso de reproducción ideal de la realidad, como no sea la necesidad de dar cuenta de la determinación por él generada; tal cual este proceso necesita hacerlo con el resto de las determinaciones propias de la necesidad de la forma concreta afectada cuya realización va a personificar nuestra acción. Otro tanto ocurriría si, en su propia materialidad como procesos puramente del pensar, como desarrollos materialmente ideales, los otros dos momentos del proceso de conocimiento dialéctico -el análisis y el despliegue de la reproducción ideal propiamente dicho- tuvieran la capacidad, todavía por verse, de generar por sí mismos la determinación a que nos estamos refiriendo.

A su vez, el descubrimiento de las formas abstractas de la necesidad real por el análisis y la reproducción ideal propiamente dicha de esta necesidad tienen que vérselas con la determinación a nuestra capacidad misma de realizarlos, que surge de la enajenación de nuestra propia capacidad de conciencia, en el capital. Bajo su forma más simple, la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital toma necesariamente cuerpo, en lo que concierne a la conciencia misma de esta enajenación, como la imposibilidad de reproducir idealmente la realidad. No en vano esta reproducción es, en sí misma, la negación de la conciencia enajenada. De ahí, la necesidad misma de la representación ideal de la realidad como forma general del conocimiento científico en el capitalismo; necesidad que es tanto tal, como para imponerse decididamente por sobre la menor potencia para apropiarse realmente a la materia -y, en consecuencia, para la producción de plusvalía, abstractamente considerada esta producción como pura forma de organización del proceso material de metabolismo social-, que es capaz de sostener esta representación en comparación con la reproducción ideal de la realidad. Luego, tan conciencia genéricamente enajenada en el capital, la nuestra, como la que más, las correspondientes formas ideológicas tienen su lugar en la determinación de la misma. Formas ideológicas corporizadas, precisamente, en la representación ideal de las formas sociales y, por la inescapable extensión universal de la misma necesidad, en la representación ideal de la realidad en general. Pero, en tanto conciencia propia del proletariado, que lleva en sí la necesidad del capital de desarrollar la regulación conciente del proceso de metabolismo social aniquilándose a sí mismo, nuestra conciencia

se encuentra específicamente determinada como la necesidad misma de realizar la reproducción ideal de la realidad. La conciencia así determinada, nuestra conciencia revolucionaria, no es la simple negación de la conciencia enajenada, sino la negación de la negación de la conciencia libre. Como tal, las determinaciones ideológicas no se han meramente esfumado de esta conciencia nuestra. Pero la presencia en ella, de estas determinaciones ideológicas, se supera a sí misma en la determinación específica, a la necesidad de nuestra conciencia, de dar cuenta de esa presencia reproduciendo idealmente su necesidad. Esta reproducción ideal es, pues, un momento necesario del conocer nuestra propia necesidad mismo. Momento que se se va a hacer presente toda vez que las determinaciones ideológicas en cuestión sean atinentes a la necesidad concreta que vamos a personificar con nuestra acción. El análisis y la reproducción ideal propiamente dicha no tienen como llegar a corporizarse si se pretende dejar de lado el despliegue de la necesidad de tales determinaciones, en la medida que le corresponde¹⁶.

Mientras la reproducción ideal de una forma real concreta se encuentra en desarrollo, su necesidad como tal reproducción no se manifiesta inmediatamente -es decir, por su misma forma- al exterior. La percepción inmediata enfrenta a una multitud de formas reales concretas; ninguna de las cuales deja traslucir, en esa inmediatez, que ella sea justamente aquélla cuya potencia nos corresponderá encarnar con nuestra acción. El análisis de cada forma real concreta enfrenta, a su turno, a la masa de formas abstractas contenida en ella; formas abstractas no menos realmente presentes allí, cada una de ellas, que las demás. El despliegue ideal de la posibilidad que cada forma real abstracta lleva en sí se

¹⁶ Necesitada de creer que no hay más forma de apropiación de la realidad por el pensamiento que ella misma, la representación ideal ve, en la determinación ideológica, un límite absoluto a la capacidad humana para regular concientemente la acción. Proyecta así, al género, lo que le es propio a ella como especie. Y lo hace con tal convicción que, dar por sentada la determinación ideológica insuperable de todo conocimiento científico, vale decir, condenar a la ciencia de una vez y para siempre al cultivo de las concatenaciones aparentes, pasa corrientemente hoy día por la quintaesencia de la crítica históricamente conciente a la actual forma general de ese conocimiento.

las tiene que ver, para cerrar el ciclo, con la multitud de formas concretas en que ella toma cuerpo de modo igualmente real. Multitudes y masas que no dejan siquiera de lado, como es obvio, a las formas ideológicas en que se materializa la regulación del proceso de metabolismo social, mientras a la apropiación ideal de la realidad le cabe, históricamente, tener su desarrollo general en la representación. Y que incluyen, asimismo, a las formas puramente reales inherentes a la percepción inmediata y a las de igual tipo que, eventualmente, genera el propio desarrollo del proceso de conocimiento. Pero, precisamente al no tener más guía que el despliegue de la necesidad real -y excluir por tanto de sí todo presupuesto-, la reproducción ideal de la realidad encuentra, en la tortuosidad aparente de su camino, una determinación tan sólo formal. Lo cual no es poco decir: desde el punto de vista del proceso de conocimiento en sí, el desarrollo de esa reproducción no es sino la superación de esta determinación formal.

En tanto la magnitud de esa tortuosidad deja trunco el curso de la reproducción ideal, cualquiera sea la altura del mismo en que lo haga, esta reproducción no alcanza a tomar la forma concreta capaz de dar, a la acción en juego, la conciencia de su propia necesidad. Esta acción será consecuentemente ciega, falta de libertad. Sin embargo, por más grande que dicha tortuosidad sea, ninguna de las formas que enfrentamos deja de llevarnos, directa o indirectamente, a la forma oportunamente correspondiente a la reproducción ideal de nuestro objeto concreto. Aun las formas que son inatinentes a tal reproducción o meramente aparentes y, por tanto, igualmente falsas en relación con el despliegue de la necesidad en cuestión. Es que, en la materia, no existen formas intrascendentes; formas capaces de afirmarse sin acabar por salir de sí. Cuando sigamos, en uno u otro sentido, a estas formas fuera de lugar, ellas se van a mostrar impotentes para corporizar la apariencia de una reproducción de la realidad por el pensamiento. Mediante un mayor o menor rodeo, esas formas nos van a conducir de vuelta al punto en que las enfrentamos originalmente. De manera que nos ponen nuevamente en el camino de la verdadera determinación en juego, al hacernos evidente la necesidad de abordar, de entre las formas que allí se encuentran, otras distintas a ellas.

Es esa misma necesidad de ir más allá de su término, inherente a todas las formas de la materia, la que pone por sí en

evidencia cualquier degeneración de la reproducción ideal de la realidad en una representación de la realidad. Tal degeneración se corporiza, necesariamente, en la interrupción del fluir ideal de las formas reales para introducir, desde fuera de este fluir, una forma que se presenta dando cuenta, por sí misma, de su propia necesidad; forma ésta, la introducida, de fuente real, sin duda, como que no hay otras. Es decir, la referida degeneración se corporiza en la representación de esta forma real como un supuesto, una categoría, por donde se pretende pasa el desarrollo de la necesidad del objeto en estudio.

Tomemos, por ejemplo, el intento de sustentar el desarrollo de la reproducción ideal de cualquier proceso social en la abstracta voluntad de quienes personifican este proceso. Sea que este intento se articule imputando la regulación del metabolismo social a la *racionalidad de los productores* o a las *preferencias de los consumidores*; sea que lo haga imputando el -no menos imputado- *fracaso* de una transformación social revolucionaria a la *traición* de sus dirigentes¹⁷. Para seguir adelante con la apropiación ideal del proceso social sobre semejantes bases se impone no preguntarles a aquellas *racionalidad y preferencias*, de donde surge su carácter histórico; ni a esta *traición*, por la necesidad que esa transformación revolucionaria lleva verdaderamente en sí,

¹⁷ Esta categoría, la *voluntad* abstraída de sus determinaciones, ejerce particular fascinación sobre los cultores de los modernos sistemas de representación de los procesos sociales. Y no es para menos. Para empezar, sería por cierto sorprendente encontrar algún proceso social que no tomara forma concreta de acción humana voluntaria. Tamaña perogrullada que lleva en sí, le garantiza a la tal abstracta *voluntad* la apariencia de universalidad propia de determinación genérica. Y, a cuál forma concreta de los procesos sociales, sino a ella, van a apelar quienes se representan a la verdadera causa de los fenómenos por la forma inmediata de los mismos: tal modalidad de representación tiene precisamente la razón de ser de su generalidad actual en la necesidad de la falsa conciencia respecto de la enajenación de las potencias humanas en el capital. Si en su versión ya tradicional de *voluntad revolucionaria, democrática, de progreso, de dominación*, etc., esta representación se encuentra bastante alicaída en los últimos tiempos, es sólo porque le ha llegado el cuarto de hora de presentarse bajo la pedantesca vanagloria de la propia miopía, tan al gusto *postmoderno*, como *rational expectations, rational choice*, pero realmente, *irracionalidad filisteas*.

como para tenerla tan luego a ella por forma general de desarrollarse¹⁸.

En otras palabras, sólo puede seguirse adelante con dicha apropiación ideal a partir de la introducción de categorías, tomando acriticamente a éstas por lo que hasta ellas mismas se encargan de decir que no son: respuestas que no encierran pregunta alguna. En su necesidad de intrascendencia para sostenerse como fundamento -o sea, por su mera forma de supuesto-, la forma forzada dentro del curso de la apropiación ideal nos enfrenta a la evidencia de su exterioridad respecto de toda necesidad real del sujeto concreto en cuestión. Y, con esta evidencia, a la evidencia de que el conocimiento del cual participa ha abandonado, en el acto, su condición de reproducción ideal de la realidad, para convertirse en una representación ideal de ésta. En sí mismo, el proceso de conocimiento dialéctico no es otra cosa que el ejercicio inquebrantable de la crítica, el rechazo de toda pretensión de ver tan sólo una respuesta allí mismo donde esta respuesta se ha tornado de inmediato en una nueva pregunta que demanda ser contestada¹⁹.

¹⁸ Agreguemos de paso que, la tan ubicua como servicial invocación a la *traición* y demás *desviaciones* del mismo género, tiene su otro yo en la pseudoautocrítica. Todo el secreto de la pseudoautocrítica reside en la abominación de las propias acciones pasadas, lanzando doloridos *mea culpa* y rasgándose las vestiduras del modo más visible posible, pero cuidándose al mismo tiempo muy bien de preguntarse acerca de la necesidad social que se ha encarnado como para haber realizado acciones hoy tan infames y, más aún, acerca de la necesidad social que se encarna ahora, que tiene tal jeremiaca autocrítica aparente por forma concreta necesaria.

¹⁹ "En su forma racional, [la dialéctica] es un escándalo y horror para la burguesía y sus voceros doctrinarios, porque en la comprensión positiva de lo existente encierra también, al mismo tiempo, la comprensión de su negación, de su necesario ocaso, aprehende toda forma actual en el flujo de su movimiento, por lo tanto, también en su faceta perecedera, nada se deja imponer, es en esencia crítica y revolucionaria." "In ihrer rationellen Gestalt ist sie dem Bürgertum und seinen doktrinären Wortführern ein Ärgernis und ein Greuel, weil sie in dem positiven Verständnis des Bestehenden zugleich auch das Verständnis seiner Negation, seines notwendigen Untergangs einschließt, jede gewordne Form im Flusse der Bewegung, also auch nach ihrer vergänglichen Seite

En el mismo momento en que la reproducción de la realidad por el pensamiento alcanza a completarse bajo la forma concreta en que nuestra acción puede dar cuenta de su propia necesidad, se manifiesta exteriormente como tal. Lo hace, presentando la forma de un doble flujo simétrico ininterrumpido de formas materiales apropiadas idealmente. Flujo que parte de la forma concreta que enfrenta inmediatamente nuestra acción, para avanzar de una a otra al interior de formas cada vez más abstractas. La más abstracta de las cuales lo pone en el camino de retorno. En el despliegue de este camino, cada una de las formas antes recorridas reaparece en el orden inverso, como forma concreta que brota del desarrollo de la necesidad virtualmente encerrada en la que la precede. Así, hasta la reaparición de aquella forma inicial, reconocida ahora como portadora de una potencia cuya realización tiene a nuestra acción por forma concreta necesaria.

b. El avance de lo singular a lo general:
conocimiento y reconocimiento

En cuanto realización singular de la apropiación humana de la materia regulada por medio de la reproducción de su necesidad por el pensamiento, cada una de nuestras acciones encierra el despliegue íntegro de esta reproducción respecto del sujeto concreto que le es individualmente atinente. Despliegue íntegro que se encuentra corporizado en el del indisolublemente doble proceso de análisis y reproducción sintética. Cualquier mutilación de este proceso lleva en sí la aniquilación de la reproducción ideal de la necesidad del correspondiente sujeto concreto. Cosa que tal mutilación hace aun cuando nuestro conocimiento dialéctico ya haya avanzado sobre la porción no singular de este sujeto, por haberse desarrollado sobre otra singularidad del mismo sujeto genérico y específico.

Con el avance del conocimiento dialéctico, la necesaria integridad formal de la reproducción ideal de cada concreto real se

auffaßt, sich durch nichts imponieren läßt, ihrem Wesen nach kritisch und revolutionär ist". Marx, Karl *Das Kapital*, Ullstein Verlag, Frankfurt, 1980, T. I, p. 12. (para contexto en español puede verse: *El Capital (Tomo I)*, Imprenta de Cao y Val, Madrid, 1898, p. 15).

desarrolla en el desdoblamiento del simple proceso de conocimiento. Desdoblamiento donde esa integridad formal se niega como simplemente tal, para afirmarse en la unidad de un proceso de conocimiento en sí y uno de reconocimiento. En tanto transcurre sobre formas cuya necesidad particular no ha sido desplegada idealmente con anterioridad, el proceso de conocimiento reviste el primer carácter. En cuanto lo hace sobre formas cuya necesidad ya ha sido desplegada respecto de otra existencia concreta del mismo sujeto, la cual comparte dichas formas con la que enfrentamos ahora, el segundo. Mediante este desdoblamiento, el proceso de conocimiento dialéctico avanza a través de la masa de formas reales que enfrenta a cada paso con la potencia que le da el hacerlo -en la parte correspondiente- como proceso de reconocimiento, mientras conserva intacta, en este avance, su necesaria integridad individual.

Extendámonos un poco más sobre el vínculo entre estos dos momentos que conforman cada proceso concreto de reproducción ideal de la realidad. No se trata de llegar analíticamente hasta la primera forma abstracta de nuestro sujeto que ya nos es conocida, para volver sin más desde ella desplegando su necesidad, a la correspondiente a nuestra acción concreta. Para empezar, al único lugar al que esa forma abstracta nos puede llevar en lo que respecta a su necesidad es a la forma inmediatamente más simple contenida en ella. De donde, la vuelta inmediata desde la forma en cuestión hasta la de nuestro interés específico encierra la mutilación del despliegue de la necesidad de esta última. Y, más bien, la degradación del proceso de reproducción ideal de la realidad a uno de mera representación de ésta: esa vuelta sólo es posible forzando la introducción de una necesidad incapaz de brotar por sí en el camino desarrollado.

Por caso, cuando el proceso de conocimiento de una forma social lo suficientemente concreta como para dar lugar a ello, alcanza analíticamente a la lucha de clases en sí misma como tal lucha, no tiene ante sí otra cosa que una sucesión de enfrentamientos, de avances y retrocesos, por parte de las clases en pugna. La necesidad de estos movimientos dista de reducirse a ellos mismos. Es precisamente en la porción en que esa necesidad excede a estos movimientos como genéricamente suya, que la reproducción ideal de esta necesidad genérica integra ya el conocimiento social: hace rato que el conocimiento dialéctico se

la ha apropiado. Supongamos entonces que, dando por hecho el conocimiento de esta necesidad genérica, se pretenda dar en el acto por finalizado el avance analítico e iniciarse el retorno hacia la forma social concreta de interés específico. Pero, mutilado el despliegue de la necesidad de la lucha de clases y restablecida la unidad de esta necesidad de modo puramente exterior, esa lucha sigue sin poder aportar a aquel retorno, como expresión de su propia necesidad, más que su forma misma. Todo lo que la llegada analítica hasta las mencionadas formas concretas de la lucha de clases, y aun a cualquiera de las formas abstractas de ésta como tal, puede hacer verdaderamente aquí, es servir como puerta de entrada a la representación de las determinaciones inherentes a la forma social concreta en cuestión, más abstractas que las manifestaciones de dicha lucha analíticamente alcanzadas en la ocasión. Servicio que, prestado al amparo de la abstracta existencia de la reproducción genérica de la necesidad de aquella lucha, da a la representación resultante un barniz de reproducción de la necesidad real. Del conocimiento íntegro de la necesidad de la forma social concreta enfrentada sólo queda, así, la apariencia.

Tomemos otro ejemplo en consideración. Supongamos ahora que, con argumento similar al anterior, se pretende reproducir idealmente la necesidad de una forma social más concreta que el precio de producción, dando por satisfecho el proceso analítico al alcanzar a este precio. En su propia inmediatez, el precio de producción no puede dar cuenta de la necesidad que se impone en la asignación del trabajo total de la sociedad entre las distintas esferas especiales de la producción, en un sistema de metabolismo social que se regula autónomamente haciendo, a la producción material, producción de la relación social general. En esa misma inmediatez suya, el precio de producción tampoco es capaz de dar razón de la necesidad que se impone en la determinación de la magnitud del plustrabajo rendido por los productores directos, en este mismo sistema. Esta doble impotencia del precio de producción no tiene nada de sorprendente, como que este precio es la forma concreta específicamente capitalista de una y otra necesidad. De modo que, para avanzar hacia formas más concretas que el precio de producción, el restablecimiento exterior -por lo tanto, mutilación- del desarrollo de la necesidad de este precio sólo deja lugar a la representación directa de dicha asignación. O sea, a la representación de la mercancía por su

contrario, el producto directamente social. Inversión a la cual sigue, consecuentemente, la introducción de la magnitud del plus-trabajo mediante la suposición de su determinación de un modo igualmente vacío. Y, de aquí, el despojo al plusvalor de, cuando menos, su especificidad histórica; cuando no de toda determinación, fuera de la misma manifestación de su magnitud como tasa de ganancia.

Se trata, pues, de acompañar el despliegue completo de la necesidad del sujeto concreto singular, reproduciendo idealmente a este sujeto, desde su forma más simple hasta la concreta que es específicamente atinente a nuestra acción. En consecuencia, la unidad formal de la reproducción ideal se muestra completa en su integridad con igual singularidad. Sólo que, en tanto proceso de reconocimiento, aquel despliegue insume, como es obvio, un esfuerzo sustancialmente menor que la porción suya correspondiente al proceso de conocimiento estrictamente original. Al punto que, la práctica reiterada del reconocimiento de un sujeto genérico convierte al proceso de este reconocimiento en uno lo suficientemente ágil, aun cuando avance sobre formas extremadamente concretas del sujeto genérico que le concierne, como para hacerlo sólo perceptible exteriormente por la presencia de su resultado.

La realización, por nosotros o por otros, de cualquier potencia atinente a nuestra condición de sujetos concretos renueva la necesidad de nuestra acción de modo consecuentemente singular. Esta renovación determina la necesidad de renovar nuestro conocimiento dialéctico. En la correspondiente singularidad concreta de cada renovación suya, el conocimiento dialéctico somete a crítica a la porción de sí mismo desarrollada hasta entonces. Hace rendir cuentas a esta porción de su condición de reproducción ideal de la realidad frente al movimiento del sujeto que le concierne. Y no puede dejar de hacerlo: tal crítica se corporiza en la propia forma del proceso de reproducción ideal de la realidad. Allí donde las formas descubiertas por el conocimiento preexistente no vuelven a brotar del doble movimiento renovado que lo integra, este conocimiento preexistente se muestra como no siendo ya tal conocimiento; mientras que el nuevo proceso de conocimiento de donde surge esta evidencia manifiesta haberse desarrollado, allí mismo, como uno simplemente original²⁰. La propia determina-

²⁰ Puesto que el conocimiento dialéctico somete automáticamente a

ción formal del proceso de conocimiento dialéctico, por la cual

crítica a sus propias formas preexistentes, esta crítica no tiene más manifestación como puramente tal crítica, que la reproducción ideal de la metamorfosis real que media entre el concreto primitivo y su forma actual. Cae por su peso que, en igual pureza suya, la crítica dialéctica a la representación ideal de la realidad posee una modalidad específicamente distinta. No se trata ya de dar cuenta de la necesidad de la transformación ocurrida en el concreto real que estamos apropiando idealmente, sino de dar cuenta de la necesidad por la cual la porción correspondiente de la conciencia social sólo puede apropiarse de este concreto representándolo por sus concatenaciones aparentes. Tan pronto como nuestra acción incluye, en el desarrollo de su propia necesidad, a la crítica de un conocimiento materializado en formas ideales ajenas a la reproducción de las formas reales correspondientes, o a la crítica de formas esencialmente ideológicas, tal acción nuestra tiene que enfrentarse a la representación en cuestión y hacerle rendir testimonio de la necesidad de su determinación como tal conocimiento que no va más allá de las apariencias. Resulta oportuno agregar aquí que, la crítica que pretende fundar su propia realidad en la incoherencia del desarrollo ideal criticado consigo mismo, no tiene de donde sacar más contenido de realidad que el que tiene esa incoherencia misma. La coherencia del desarrollo ideal consigo mismo puede corresponder, y de paso encubrir por su mismo carácter, al vacío de realidad más absoluto. Por mucho que semejante crítica mire por encima del hombro a la crítica que se limita a lanzarle invectivas al desarrollo ideal que toma por objeto, no escapa a la misma condición de ésta: la de ser una crítica tan sólo aparente. La verdadera crítica a la economía vulgar actual se materializa en el despliegue de la necesidad de la mercancía bajo su forma concreta de representación mental de la regulación del sistema capitalista en base a la abstracta voluntad individual, concebida la manifestación de esta voluntad como *utilidad marginal*. Con lo cual, la determinación histórica específica del capitalismo queda representada como una necesidad simplemente natural del proceso de metabolismo social, como una necesidad ahistórica. El despliegue enunciado no va a tener como agotarse, pues, antes de mostrarnos la necesidad ideológica de la mercancía metamorfoseada en capital de corporizarse en la apologética del capitalismo como forma eterna de la organización social, con el capitalista como abnegado agente natural de esta organización. De modo que, dicho despliegue no va a tener manera de agotarse sin antes ponernos de manifiesto cómo esta necesidad ideológica del capital se abre paso en la determinación de quienes la personifican: tal necesidad ideológica es tan potente como para producir masivamente a quienes tienen la desfachatez de, sin inmutarse, reconocer abiertamente la inescapable incoherencia puramente

éste necesita desplegarse cada vez en su singularidad concreta, da

constructiva de la *teoría de los factores de la producción remunerados por sus productividades marginales*; teoría con la cual les es imprescindible concebir la relación aparente entre las clases sociales y sus ingresos. Más aún, ese mismo despliegue no nos va a dejar detenernos siquiera a esta altura. Apenas con seguirlo un poco más allá, nos va a poner en el derrotero de la necesidad específica de una vertiente distinta de la economía política actual. Nos va a mostrar, así, cómo tal necesidad específica da fuerza a esta vertiente teórica para comenzar por presentarse como la crítica irreductible a la apologética del capitalismo, merced a poner en evidencia, sin más ni más, ateniéndose a la sola lógica del *marginalismo*, la mencionada incoherencia de éste consigo mismo. Hecho lo cual, nos va a mostrar que esta vertiente necesita dar curso ya a la exposición de su propia concepción representándose a la forma valor de los productos del trabajo en el capitalismo -el trabajo humano abstracto materializado en las mercancías que se representa como la capacidad de éstas para relacionarse entre sí en el cambio- por la sustancia de esta forma -el puro y simple trabajo humano abstracto materializado en su producto-, mediante la *teoría del valor-trabajo*. O sea, que nos va a mostrar que la vertiente teórica a la que nos estamos refiriendo necesita tomar cuerpo en la representación de la mercancía, de la relación social general en el proceso de metabolismo humano autónomamente regulado, por su contrario, el producto directamente social. Representación de la cual se ha hecho humo, en consecuencia, la especificidad del capitalismo como forma de regulación de ese proceso. A renglón seguido, siempre el mismo despliegue nos va a mostrar cómo esta vertiente teórica necesita representarse a la necesidad histórica del capitalismo de revolucionarse hasta aniquilarse a sí mismo en el control conciente del proceso de metabolismo social, por el abrirse paso de un abstracto *equilibrio* del proceso de reproducción social mediante la *participación* tendencialmente creciente de los salarios en el producto social; cuando no, por el *moralmente imprescindible* avance del proletariado sobre la burguesía en la lucha por la *distribución* de ese producto. De donde, *voilà*, el socialismo -el proceso de metabolismo social concientemente regulado- no viene a ser otra cosa que el capitalismo -el proceso de metabolismo social que se regula a espaldas de sus miembros-, cuando la tasa de ganancia es igual a cero. De contrario genérico del capitalismo, el socialismo ha sido tornado así en una especie de éste. Con sólo seguir el desarrollo de su necesidad real, la crítica a la más cruda apologética del capitalismo y del capitalista basada en la denuncia de la abstracta incoherencia lógica de la teoría marginalista, muestra lo que verdaderamente atesora en su corazón: la más cruda apologética del capitalismo cuando la concentración del capital bajo las formas todavía incipientes de la propiedad colectiva comienza ya a tornar

esta misma condición de crítica aun al proceso del puro aprendizaje de aquel conocimiento; o sea, al proceso de conocimiento individual cuyo desarrollo tiene por necesidad específica, en vez de la regulación de la acción inmediatamente practicable sobre la forma real singular que reproduce idealmente, la transformación de este proceso mismo en uno de reconocimiento respecto de las determinaciones genéricas de la necesidad de la acción en juego. Y la referida determinación formal no deja de darle al aprendizaje tal condición de crítica, aun cuando este proceso de conocimiento individual no trascienda, siquiera un ápice, las formas reales que se presuponen ya íntegramente apropiadas por el conocimiento social.

Bien podemos decir, entonces, que no se trata de *leer El capital*, ni siquiera de *estudiarlo*. Se trata, verdaderamente, de enfrentar por nosotros mismos a las formas reales del capital para reproducirlas idealmente, con la potencia que adquirimos al disponer de la reproducción ideal de las mismas desarrollada en *El capital*. Así, nuestra reproducción ideal de las formas sociales sobre las que necesitamos actuar tiene, en la parte correspondiente, la potencia de ser directamente un proceso de reconocimiento desde el punto de vista social. Potencia que se manifiesta ya como tal cuando este proceso de conocimiento nuestro se encuentra en su primer momento de desarrollo: el de ser necesariamente un proceso de simple conocimiento original desde el punto de vista individual.

Cualquiera sea la forma singular de un sujeto concreto que tomemos para desplegar nuestro proceso de simple conocimiento, la habremos transformado, con ello, en base para que, al enfrentarnos a otras existencias del sujeto concreto que nos ocupa, nuestro proceso de conocimiento sea un proceso de reconocimiento²¹. Pero aquella forma en donde la necesidad que define

anacrónica la jesuítica figura del *capitalista abstigente* para la economía vulgar.

²¹ "..., y el lector que, después de todo, quiera seguirme, debe decidirse a ascender de lo singular a lo general." "..., und der Leser, der mir überhaupt folgen will, sich entschließen muß, von dem einzelnen zum allgemeinen aufzusteigen." Marx, Karl *Zur Kritik der Politischen Ökonomie*, Marx/Engels Ausgewählte Werke, Dietz Verlag, Berlin, 1985, T. II, p. 501 (para contexto en español puede verse: *Contribución a la crítica de la economía política*, Editorial Estudio, Buenos Aires, 1975, p. 7).

específicamente al sujeto como tal se encuentra más desarrollada, es la más potente en este sentido. Lo que en las expresiones más primitivas del sujeto sólo tiene existencia real como potencia, se encuentra ya en acto en esta expresión del sujeto más desarrollada. Potencias que ni siquiera se insinúan en esas expresiones, se muestran como la virtualidad concreta de la más desarrollada. Y, después de todo, las formas reales sólo presentan interés para nuestra acción misma -y, por tanto, para nosotros en general- en lo que tienen potencialmente en sí. Por decirlo una vez más, la cuestión es personificar estas potencias con conocimiento de causa; o sea, con su necesidad íntegramente desplegada ante nosotros.

Vemos así, de paso, que, abstracta, y por tanto, exteriormente considerados en sí mismos, todo lo que el conocimiento dialéctico obtiene de la práctica basada en él, es un nuevo concreto real al cual necesita enfrentar. Concreto más desarrollado que aquél sobre el cual se ha ejercido la acción: alguna de las que eran potencias del concreto original, es ahora simple existencia; la tendencia ha dejado lugar a su resultado, por así decir. Todo lo que el conocimiento dialéctico obtiene de la práctica basada en él es, en consecuencia, un nuevo punto de partida más rico sobre el cual reproducirse en la satisfacción así renovada de su fin; que es lo mismo que obtiene de cualquier acción, aunque la regulación de ésta le haya sido ajena.

c. El curso general del desarrollo de la capacidad para
personificar concientemente la necesidad de las
formas reales concretas

Cuanto más simple es la forma de un sujeto concreto a la que le cabe corporizarse en una cierta modalidad de nuestra acción, antes se completa el despliegue de la necesidad de esta acción en el desarrollo de la reproducción ideal de aquel sujeto. Recién con el posterior avance de esta reproducción ideal, corresponde ir alcanzando igual estado al despliegue de la necesidad de aquellas modalidades de nuestra acción capaces de realizar formas cada vez más concretas de ese mismo sujeto. En la determinación de esta secuencia se impone, también aquí, la propia forma del proceso de conocimiento dialéctico: el cumplimiento del desplie-

que ideal de la necesidad de una forma real concreta es condición para el despliegue ideal de la necesidad de las más concretas aún, en que esa misma forma se desarrolla. Se trata, pues, del orden general del avance de nuestra capacidad para regular nuestra acción bajo la forma de conocimiento dialéctico.

Mientras no hayamos alcanzado el punto en que podamos reconocer a la forma concreta singular de nuestra acción como la necesaria en que se realiza la respectiva potencia del sujeto en juego, esta acción será correspondientemente ciega. De nada nos valdrá, para superar tal ceguera respecto de la acción concreta singular a ejecutar, que reconozcamos las determinaciones simples de ésta como idénticas a las de otra acción que es realización de potencias que conocemos ya acabadamente y a la cual encaramos, por tanto, como genuinamente libre. Este reconocimiento es impotente, por sí mismo, para superar la mera apariencia de semejanza entre una y otra acción, en las determinaciones concretas de éstas que lo exceden. Y bien sabemos que, por mucho que parezca asemejarse a dicha acción libre, la acción gestada en base a esta apariencia puede ser, lisa y llanamente, la negación de la potencias que se pretende encarnar: no en vano, las formas simples se afirman negándose en sus concretas²².

Tomemos, por ejemplo, los siguientes aspectos del desarrollo de la capacidad organizativa del proletariado. La organización revolucionaria del proletariado es forma concreta necesaria de la potencia inmanente al capital de aniquilarse a sí mismo en una forma social superior. Es suficiente la reproducción ideal de las formas generales del proceso de acumulación de capital, para descubrirlo. De ahí la oportunidad de la Primera Internacional como realización conciente de esa organización. Pero en cuanto esa potencia toma forma concreta, igualmente necesaria, en los partidos de los proletariados nacionales, lo hace específicamente determinada por la forma de nacional del proceso de acumula-

²² "y toda ciencia sería superflua si la forma de manifestarse y la esencia de las cosas coincidieran inmediatamente-" "-und alle Wissenschaft wäre überflüssig, wenn die Erscheinungsform und das Wesen der Dinge unmittelbar zusammenfielen-" Marx, Karl *Das Kapital*, Ullstein Verlag, Frankfurt, 1980, T. III, p. 763 (para contexto en español puede verse: *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, T. III, p. 757).

ción de capital. Forma, ésta, que es, en sí misma, expresión de las potencias del capital para contrarrestar el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Tanto, como para llevar a los proletariados nacionales a enfrentarse entre sí con no menor vigor que aquél con que lo hacen las respectivas porciones nacionales del capital total de la sociedad en el desarrollo de sus procesos de acumulación. Recordemos, si no, el quiebre de la Segunda Internacional con el advenimiento de la Primera Guerra Mundial. No basta ya aquí para actuar con conocimiento de causa, la conciencia del desarrollo general de la acumulación de capital. La acción capaz de conocer su necesidad debe desplegar, para imponerse bajo las formas concretas correspondientes, la reproducción ideal de las determinaciones nacionales a la acumulación de capital. A su vez, los partidos de los proletariados nacionales toman forma en sus representantes. Median necesariamente en tal representación, las determinaciones a la forma concreta en que las potencias del capital para revolucionarse a sí mismo se personifican individualmente. Entre estas determinaciones se encuentra la necesidad de actuar con conocimiento de causa; pero también lo están todas las lacras propias del obrero mutilado, como individuo, por el capital. En cuanto el capital realiza su posibilidad de autoaniquilarse a través del propio abrirse paso de estas determinaciones personales, y por cierto que lo hace, se nos impone dar cuenta de la necesidad de tal representación individual suya. Cosa que recién alcanzamos a hacer, al reproducir idealmente a las determinaciones de que se trata, en su correspondiente singularidad personal.

Brota por todos lados ante nosotros, la magnitud de la tarea que tiene ya por delante el conocimiento dialéctico. Frente a esta magnitud, se evidencia en toda su esterilidad el tiempo perdido - que como tal se nos aparece, por supuesto, desde un punto de vista exterior a las determinaciones concretas de su necesidad - desde que el conocimiento de la realidad por medio de su reproducción ideal, o sea por medio del conocimiento dialéctico, quedara poco menos que interrumpido a la altura alcanzada por Marx; por Engels; y, respecto de las determinaciones más simples de la materia, con su inversión idealista y todo, por Hegel. Se evidencia de igual modo, la contradicción en los propios términos, y más bien fariseísmo, que es la pretensión de dejar para mejor oportunidad la regulación de la acción revolucionaria con-

ciente mediante la reproducción de su necesidad por el pensamiento, so pretexto de la urgencia de esa acción y la magnitud del trabajo que requiere este conocimiento dialéctico. Y se evidencia con no menos vigor, la salvaje mutilación de la potencia alcanzada por la conciencia social en la reproducción de la virtualidad de las formas históricamente específicas de la sociedad actual desplegada por Marx -salvaje mutilación que es la reacción del capital ante su propio avance hasta esa altura-, mediante la reducción generalizada de tal conocimiento dialéctico a su contrario específico; esto es, a una representación ideal de la realidad, a un conocimiento teórico²³; y, de ahí, a una concepción del

²³ Pese a no poder escapar a la apariencia de que se trata de la necesidad de la idea misma, ya Hegel marcaba claramente la diferencia entre la representación, cuyo desarrollo obedece a una necesidad exterior a su objeto, y el conocimiento dialéctico, que acompaña al despliegue de la necesidad inmanente a este objeto. Como ya hemos visto, Marx pone de manifiesto desde el vamos que su método científico tiene por resultado "la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento". Sin embargo, Marx no llega a desarrollar la diferencia específica entre este conocimiento científico que reproduce idealmente la necesidad real y el conocimiento teórico, que sólo la representa. En otras palabras, no llega a enfrentarse a esta reproducción ideal como la crítica, o sea, la superación, de la teoría científica misma. Al punto que se refiere circunstancialmente a sus propios trabajos y descubrimientos científicos como siendo de naturaleza teórica. Por cierto, en tiempos de Marx la teoría científica no había alcanzado todavía a desplegar su determinación ideológica como apologética del capitalismo no ya por su potencia sino por la insuficiencia de su potencia para transformar la naturaleza con conocimiento de causa; es decir, la teoría científica no necesitaba aún vanagloriarse de sus propios límites a fin de afirmar la imposibilidad de la regulación consciente del proceso de metabolismo social. Marx podía entonces avanzar por primera vez en la reproducción ideal de las formas reales de la sociedad capitalista hasta descubrir el carácter histórico de ésta, sin enfrentarse a la necesidad de explicitar la diferencia específica entre esa reproducción y la representación teórica, en cuanto esta diferencia toma cuerpo en la forma misma de uno y otro proceso de conocimiento. Pero la sola materialización de este avance empuja violentamente a la teoría científica hacia el agotamiento de su capacidad de autocritica en la complacencia respecto de su propia impotencia. De modo que el despliegue de la organicidad de la acción revolucionaria consciente del proletariado presenta hoy día, de inmediato, la forma de la crítica de la teoría científica.

mundo, a un sistema de pensamiento; en fin, al *marxismo*.

d. La exposición de la reproducción ideal de la realidad

La reproducción ideal de la realidad es producto del doble proceso de análisis y síntesis, en la integridad indisoluble de éste. Sin embargo, es sólo en el segundo de los momentos de ese proceso donde tiene propiamente lugar el despliegue de la necesidad del sujeto de que se trata; y, por lo tanto, donde tiene lugar la misma reproducción ideal en sí. La exposición de esta reproducción queda consecuentemente delimitada.

El desarrollo de la necesidad que determina a un sujeto como tal es, ante todo, la negación del sujeto en su potencialidad, para afirmarse como necesidad realizada en sus formas concretas específicas. Pero esta negación de la potencialidad se niega a sí misma en la afirmación de las formas concretas como formas donde la necesidad ya realizada en ellas se conserva, al mismo tiempo, como potencia propia de estas formas en tanto abstractas ellas mismas. La potencia que define a la nueva forma como un sujeto ha surgido pura y exclusivamente del sujeto primitivo; de donde, el nuevo sujeto no es sino forma realizada del primitivo y, por tanto, éste mismo. Sin embargo, negación de la negación, esta potencia es inexistente para ese sujeto primitivo en su abstracta condición de tal sujeto: recién es una potencia propia de las formas concretas específicas del mismo. La potencia que define al sujeto como tal desarrolla, de esta manera, una forma de este sujeto que no es una mera especie de la primitiva. Se trata de una forma del sujeto que se diferencia como género, es decir, como potencia, respecto de la primitiva. Forma que, como tal nuevo género, se dispone a desarrollar su necesidad.

Consideremos, por ejemplo, a la mercancía y su metamorfosis en dinero. La génesis del dinero no es más que el desarrollo pleno de las formas concretas específicas de la mercancía en tanto simple unidad de valor de uso y valor. Pero el dinero, forma concreta específica de la mercancía, lleva en sí una necesidad que no sólo es ajena a la mercancía como simplemente tal, sino que es la negación misma de la necesidad de la mercancía en su simplicidad: como forma concreta necesaria del producto que no es directamente social, el dinero es el representante del trabajo

directamente social dentro de la producción mercantil. Lo que la mercancía en tanto simplemente tal no tiene cómo ser, lo es en tanto dinero. La necesidad esencial de la mercancía, a saber, ser la relación social general del proceso de metabolismo humano autónomamente regulado, se ha desarrollado así hasta transformarse en necesidad de la forma concreta misma de la mercancía, del dinero, que define a éste como sujeto: el dinero no tiene más valor de uso que el ser tal relación. Como tal sujeto que el dinero ha llegado a ser, merece el mismo tratamiento formal que la mercancía en nuestra exposición.

Demos un salto adelante y consideremos ahora al desarrollo de la cooperación en sus formas concretas. La división del trabajo en la manufactura no es, en primer lugar, sino una de estas formas concretas. Pero, de inmediato, esta división del trabajo se torna en sujeto ella misma; sujeto donde la necesidad propia de la simple cooperación se ha transformado en la potencia para producir al obrero fragmentario especializado. A su vez, el desarrollo de esta potencia toma forma concreta en la maquinización del proceso de producción. Y así, la potencia para producir el obrero fragmentario especializado se niega a sí misma como tal en el propio desarrollo de sus formas concretas, para afirmarse en la potencia genéricamente distinta de la gran industria maquinizada de producir al obrero colectivo universalizado. Es decir, al productor directo que lleva en sí la potencia material de organizar el proceso de metabolismo social como un proceso directamente social. Con ser forma concreta de la plusvalía relativa, para no remontarnos aquí más atrás, de la cooperación, de la división del trabajo en la manufactura -a la cual tiene, encima, por condición histórica-, la maquinización de la producción en la gran industria tiene una potencia aún no desarrollada en cualquiera de estas formas más simples suyas. A tal maquinización le corresponde formalmente en nuestra exposición, pues, igual tratamiento que a cada uno de esos sujeto más simples de donde brota esta necesidad que la define, a la maquinización misma, como sujeto.

Demos un último salto adelante y consideremos a la producción del capital en escala ampliada. Esta acumulación de capital es forma concreta necesaria de la simple reproducción de capital. Pero la potencia del capital no alcanza a desarrollarse, en la reproducción simple, más que como la reproducción misma de las condiciones de valorización del capital -la producción y repro-

ducción del obrero asalariado y el capitalista-. Recién al tomar cuerpo como proceso de acumulación, la potencia del capital alcanza su existencia bajo la forma concreta genérica de necesidad del capital de superar la propiedad privada de los medios de producción y de someter toda la producción y el consumo a la ciencia. Y, por lo tanto, forma históricamente necesaria del desarrollo del proceso de metabolismo social cuando la regulación conciente del mismo se ha convertido de forma genéricamente necesaria en traba específica a este desarrollo, el capital ha alcanzado ahora a desarrollar la necesidad de la regulación conciente del proceso de metabolismo social como necesidad de una forma concreta suya. Recién bajo la forma de acumulación de sí mismo, el capital ha adquirido, en consecuencia, la potencia de autoaniquilarse. Una vez más, nuestra exposición se encuentra formalmente determinada por la presencia de un sujeto que se comporta, por sí solo, como tal.

Necesitada de hacer idealmente manifiesto el despliegue de un sujeto que se va transformando a sí mismo en el una y otra vez renovado afirmarse mediante la propia negación, la exposición presenta necesariamente la forma de una línea nodal, como estructura general. Cada forma concreta que va tomando el sujeto en la metamorfosis de su capacidad genérica, determina la existencia del nodo correspondiente. Nodo que se extiende, luego, en el desarrollo de la necesidad inherente al sujeto que le concierne, en las formas concretas de éste; y que se engarza con el siguiente en la negación de la forma concreta específica por donde pasa el desarrollo de la necesidad de nuestra acción, mediante su afirmación como forma abstracta con una necesidad genérica que le es propia. En otras palabras, el engarce de un nodo expositivo con el siguiente tiene lugar en el punto en que la necesidad genéricamente propia del sujeto más simple se transforma en necesidad a realizar por una forma concreta específica de este sujeto.

La delimitación general de la exposición por el despliegue del proceso de reproducción ideal propiamente dicho, se desarrolla luego en base al desdoblamiento del proceso social de conocimiento en sus dos momentos: conocimiento genuinamente original y reconocimiento. De estos momentos, el de reconocimiento avanza sobre las determinaciones que aparecen, desde un punto de vista restringido a la acción encarada, como las genéricas de esta acción. Por su parte, el de conocimiento en sí avanza

sobre las determinaciones que aparecen hasta allí, desde el punto de vista señalado, correspondiendo a la necesidad específica - estrictamente hablando, singular- de esa misma acción. Una vez que la reproducción ideal de estas últimas determinaciones adquiere la materialización propia del conocimiento social, ellas se agregan a las primeras, respecto de la renovación del proceso de conocimiento sobre otra forma singular del mismo sujeto. La porción de la reproducción ideal de la realidad que encierra el avance específicamente realizado por el conocimiento social en la oportunidad, completa el recorte de la exposición en cada caso concreto.

Así, la exposición de las potencias históricamente específicas del proceso de metabolismo social actual hasta alcanzar a desplegar las formas concretas de estas potencias como leyes generales de la acumulación de capital desarrollada en *El capital*, parte directamente de la forma concreta específica más simple que toma el sujeto social en el capitalismo, de la mercancía. Esta exposición comienza, pues, habiendo dejado tras sí a los seres humanos simplemente produciendo su vida, a las formas propias del proceso humano de metabolismo social como simplemente tal. En tanto estas formas determinan a la producción capitalista, o sea, tienen a la producción capitalista por forma concreta históricamente necesaria, ellas sólo van a aparecer directamente en la exposición cuando se imponga su consideración para mostrar la especificidad de esta producción; van a aparecer de esta manera, consecuentemente, con el carácter de condiciones de la producción capitalista. Por el contrario, la exposición que nos ocupa necesita mostrar la plenitud del desarrollo de las determinaciones al proceso humano de metabolismo social como simplemente tal, en lo que este proceso mismo es forma concreta del capital.

La investigación dialéctica no puede pasar por alto ninguna forma atinente al desarrollo de la necesidad del sujeto concreto que se va personificar. Hacerlo es, sin más, destruir su condición de regulación de la correspondiente acción mediante la reproducción ideal de la necesidad real de esta acción. La lectura crítica de la exposición de la investigación dialéctica lleva ineludiblemente en sí el desarrollo del proceso de investigación mismo por el lector, con la potencia que da a este proceso tener a la investigación original por punto de apoyo. La naturaleza de esta unidad entre el conocimiento dialéctico ya producido y su lectura crítica

resulta en la independencia de la exposición respecto de la necesidad de presentar estrictamente, en ella, todos y cada uno de los nexos descubiertos por la investigación en el desarrollo de las formas abstractas en sus formas concretas necesarias. Según su fin específico, la exposición puede así limitarse a desplegar plenamente, de esos nexos descubiertos, sólo aquellos esenciales para potenciar la reproducción crítica de la investigación. Cae de suyo que esta modalidad es la que normalmente cabe a la exposición de formas apropiadas anteriormente por el conocimiento social -y que, por lo tanto, se presentan como genéricas para la exposición en curso- cuando tal exposición se impone en beneficio de la reproducción crítica de la investigación específicamente expuesta. Tal como ocurre, por caso, con la exposición del desarrollo de la necesidad del capital de revolucionarse a sí mismo, que nos es necesaria para desplegar las formas del conocimiento dialéctico, frente a la plenitud con que ese desarrollo se encuentra presente en *El capital*.

El despliegue de la necesidad del sujeto cuya forma concreta vamos a personificar con nuestra acción conciente da cuerpo a la exposición. Pero el lector que avanza reproduciendo por sí mismo tal despliegue se enfrenta inevitablemente, en este proceso crítico, a formas que no pertenecen al sujeto concreto en cuestión pero que se relacionan con éste por ser otras formas específicas del mismo sujeto simple. En cuanto el propio expositor se ha enfrentado a estas formas al desarrollar su proceso de conocimiento original y considera oportuno acompañar al lector en el despliegue de las mismas, o aun hacerle notar su existencia, le cabe incorporar este despliegue o señalamiento a su exposición. Tal inclusión en el cuerpo mismo de la exposición atenta, sin embargo, contra la fluidez del despliegue de la necesidad del sujeto concreto verdaderamente en juego. Esta exposición particular toma entonces naturalmente la forma de nota a pie de página²⁴.

²⁴ La ciencia que únicamente sabe dar por causa de las formas concretas la sola manifestación inmediata de éstas, se espanta por la posibilidad misma de la lectura crítica. Esta ciencia desea que el lector pase lo más rápidamente posible sobre el texto, absorbiéndolo sin oportunidad de razonar por su cuenta acerca del contenido. Por eso esta ciencia acrítica aborrece el tipo de nota a pie de página que nos ocupa. Para las que de todos modos sobreviven a las reglas del *manual del buen escritor*

Dentro de la determinación de su curso y campo específico, el desarrollo de la exposición toma necesariamente forma concreta en la capacidad del investigador para realizarla con mayor o menor plasticidad. En *El capital*, por ejemplo, Marx da una modalidad particular a la estructura necesariamente nodal de la exposición. Lo hace, comenzando por enfrentar expositivamente a una forma concreta que, de momento, no tiene más justificación acerca de su necesidad como sujeto, que el encontrarse puesta allí como tal; o, más precisamente, que el encontrarse puesta allí como un mero objeto. De modo que el primer paso en la exposición de la necesidad de este sujeto es la exposición del análisis del mismo, a partir de la exterioridad suya en que se encuentra puesto. Este análisis se extiende hasta poner al descubierto la necesidad que específicamente define al sujeto en consideración como tal sujeto. El proceso de investigación de donde ha resultado verdaderamente este descubrimiento aparece representado, así, en la exposición, como uno abstractamente analítico. Mostrada la necesidad a realizar específica del sujeto, la exposición acompaña el despliegue de la misma, o sea, el desarrollo de las formas concretas del sujeto. Cosa que la exposición hace hasta que el sujeto se desarrolla en una o más formas concretas específicas que tienen la necesidad inherente a la forma simple inicial, no ya meramente en tanto necesidad que las determina como a tales formas concretas, sino como necesidad a realizar que les es propia. Al mostrar su necesidad de este modo, el sujeto específicamente considerado se encarga de hacer evidente, por sí mismo, a aquella necesidad que era su originaria -al comienzo sólo visible en la exposición analítica, y por tanto exteriormente a él como tal sujeto- como propiamente suya. La exposición del despliegue de la necesidad del sujeto específico considerado justifica, con ello, la necesidad de su propio punto de partida. Alcanzado este grado de avance, la exposición no continúa fluyendo simplemente en el desarrollo de esta necesidad renovada del sujeto; o sea, desarrollando la metamorfosis de las formas concretas del sujeto, en sujetos ellas mismas. Antes bien, la exposición pasa directamente

científico de excluirlas por completo, ha impuesto la costumbre de amontonarlas después del final del texto principal. Modo de inducir a su salteo, al diluir la relación inmediata entre ambas porciones de la exposición por la mediación del proceso de ir y venir de una a otra.

a encarar a la forma específica del sujeto que es la realización ya efectuada de tal necesidad, desde la exterioridad misma de esta forma aparecida por su propia cuenta. Recomienza, con esta apertura de un nuevo nodo, el ciclo formal de la exposición.

Observemos esta estructura expositiva particular en su plasmación concreta. *El capital* comienza por enfrentarse con la mercancía sin más razón manifiesta para hacerlo, que el ser, la mercancía, la forma elemental de la riqueza en la sociedad capitalista. El análisis subsiguientemente expuesto pone en evidencia, a la mercancía, como la relación social general entre los productores privados independientes. A partir de haberse mostrado así la necesidad de la mercancía, es la mercancía misma la que aparece en la exposición desplegando, por sí, sus formas concretas de valor, en que esa necesidad suya toma cuerpo. En este despliegue que le es propio, la mercancía alcanza a transformarse en dinero; vale decir, en la forma concreta de la mercancía que no es otra cosa que la materialización directa del trabajo social. Lejos ya de su abstracta inmediatez inicial, y aun de la exterioridad analítica, la mercancía se muestra ahora, en la exposición, tomando por sí misma la forma del representante de la relación social general en el proceso humano de metabolismo social autónomamente regulado; y, en consecuencia, afirmándose, por sí misma, como tal relación.

La circulación de las mercancías es la realización de esta relación. Abre, como tal, un nuevo nodo expositivo. Pero la circulación de las mercancías no efectúa esta apertura presentándose directamente como forma renovada del sujeto, sino desde la pura exterioridad de éste: "las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado". La exposición de la circulación de las mercancías sigue con el análisis de las funciones del dinero que esta circulación aparece, encarada de esta manera, teniendo por condición: medida de valor y patrón de precio. Es recién a continuación que la propia forma de la circulación de las mercancías cobra vida en la exposición, desarrollando las funciones del dinero, no ya como premisas suyas, sino como sus formas concretas necesarias. El dinero alcanza, por este camino, las formas concretas en donde la producción mercantil tiene por objeto inmediato la producción de la relación social general: el dinero como tesoro, medio de pago y dinero mundial. La necesidad de la producción de la relación social general como fin propio de la producción

mercantil, exteriormente puesta de manifiesto al encarar al proceso de circulación en su abstracta inmediatez, se manifiesta ahora en la exposición, no ya como una necesidad genérica del dinero, sino como necesidad inherente a las funciones concretas de éste. Marx nos pone así en el umbral de la forma plena de la producción de valor: la producción de valor por medio del valor mismo, la valorización del valor. Pero la exposición traspasa este umbral en forma no directamente manifiesta, colocándose ante la exterioridad inmediata de la valorización del valor. Demás está decirlo, la exposición abre aquí un nuevo nodo formal, encarando la manifestación más simple del ciclo del capital²⁵.

²⁵ Esta modalidad particular de estructurar la exposición incita al lector crítico, que como tal reproduce con su propio pensamiento el despliegue de la necesidad del sujeto acerca del cual trata *El capital*, a seguir por su cuenta el movimiento interno que encierra el salto expositivo, desarrollando críticamente la necesidad real allí presente. Con muy distinto propósito hacen pié sobre esta modalidad expositiva quienes tienen su razón histórica de existir en la necesidad reaccionaria del capital de hacer pasar a la reproducción ideal de las formas sociales actuales por una manera ideológica de concebir estas formas. No se trata aquí, faltaría más, de descubrir por cuenta propia necesidad real alguna. Se trata, de hecho, de arreglárselas para no ver en esta modalidad particular de estructurar la exposición más que una oportunidad para hacer aparecer al propio Marx como el preconizador de la inescapabilidad a la representación ideal de la realidad y, por lo tanto, de la degradación de toda necesidad inmanente a esta realidad misma, a la nada. Para lo cual no se precisa más, y ciertamente nada menos, que recurrir al manipuleo doblemente acrítico -tanto respecto de la modalidad expositiva sobre la cual se hace pie como respecto a la autocomplacencia de este manipuleo mismo- de la apariencia inmediata hasta hacerle decir, a ésta, lo que se quiere. Nos encontramos así con el método dialéctico de investigación ideológicamente representado como el descubrimiento analítico que se agota en la plenitud de su alcance con sólo avanzar sobre las formas inmediatamente más abstractas a aquélla de la cual se trata en cada momento, para, de ahí, poner en relación exterior, lógica, a los elementos descubiertos. Moderna emulación de Procusto que hasta suele hacerse al amparo de la invocación ritual a la acotación de Marx acerca de la diferencia formal entre el método de exposición y el método de investigación -invocación ritual, como que no despierta el menor atisbo crítico o autocrítico respecto del contenido de la diferencia que se cita-; total, qué más da, si el único objeto de esta invocación es sacarle lustre a la patente de *marxista* que se ostenta en el mundillo ideológico, donde

La mediación de la capacidad plástica del autor en el vuelco

ser acrítico es condición de admisión-. Viene al caso señalar aquí la maña que se da Rubin para cultivar, con toda la sutileza que este procedimiento permite, la apariencia de haber desplegado idealmente la necesidad real inherente a la mercancía como simplemente tal, allí mismo donde ha aniquilado este despliegue. Rubin empieza invocando el análisis expuesto por Marx a propósito de una forma real propia de la mercancía. Pero, tan pronto como ese análisis pone al descubierto la necesidad inmediatamente encerrada en esta forma real, Rubin salta a la invocación de la consideración analítica de otra forma real de la mercancía. A veces, respecto del análisis de la forma más abstracta señalada por Marx como contenida dentro de la anteriormente considerada; otras veces, respecto del análisis de la forma en que la tomada originalmente en consideración ya ha realizado su necesidad. Así, hasta completar la cobertura expositiva de los distintos momentos del descubrimiento de la necesidad real en juego. De expuestos como inmediatamente analíticos por Marx, estos momentos son representados ahora como absolutamente tales, por la sola omisión del despliegue de la respectiva necesidad. Y, sin duda, qué puede importar la alteración de la secuencia con que se presentan originalmente los descubrimientos en cuestión, a quien no ve aquí el despliegue de más necesidad que la concerniente a la plenitud de la cobertura expositiva. Con la dosis de acriticidad suficiente, puede creerse de esta manera que, habiéndose recurrido de modo abstractamente formal a los análisis expuestos por Marx, se ha seguido estrictamente su método de investigación. Y, en consecuencia, que la integridad de la reproducción ideal de la necesidad específica de la mercancía, de la forma valor del producto del trabajo humano, expuesta en *El capital* toma naturalmente cuerpo en el fluir de la exposición de un *tópico* al siguiente hasta agotar la plenitud meramente analítica de los *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Ensayos de donde todo movimiento de la necesidad real de la mercancía ha sido, por lo tanto, expurgado. "Es de hecho mucho más fácil encontrar por el análisis el núcleo terrenal de la nebulosidades religiosas que, al revés, de las relaciones de vida reales de cada momento, desarrollar sus formas celestiales. El último es el único método materialista y, por lo tanto, científico" "Es ist in der Tat viel leichter, durch Analyse den irdischen Kern der religiösen Nebelbildulgen zu finden, als umgekehrt, aus den jedesmaligen wirklichen Lebensverhältnissen ihre verhimmelten Formen zu entwickeln. Die letztere ist die einzig materialistische und daher wissenschaftliche Methode." Marx, Karl *Das Kapital*, etc., T. I, p. 331 (para contexto en español puede verse: *El Capital (Tomo I)*, etc., p. 318). Así y todo, en esto de destruir el desarrollo de la necesidad de la mercancía bajo la apariencia de reproducir fielmente la exposición de Marx, los

hacia el exterior de los resultados de su investigación, siempre puede dejar lugar a la superación de la calidad formal de la exposición de la reproducción ideal de la realidad perteneciente ya al conocimiento social. Y, tratándose de tal reproducción, toda diferencia en la calidad no tiene cómo ir más allá de esta formalidad misma.

4. La reproducción ideal de la realidad vista sucintamente en su unidad concreta

Detengámonos por un momento a observar el curso que hemos seguido hasta alcanzar el despliegue de las formas con-

Manuales de Economía Política de la Academia de Ciencias de la URSS se bastan por sí solos para hacer aparecer a Rubin como el dechado de la sustancialidad expositiva. El desarrollo de la necesidad real que brota de la mercancía misma aparece sustituido, en estos manuales, por un tan monótono como pretenciosamente pedagógico ordenamiento expositivo, completamente exterior a la necesidad en cuestión. De sujeto, la mercancía queda reducida así a *tema*. De modo que el contenido del manual puede aprenderse y repetirse acriticamente hasta el hartazgo, sin necesidad -ni oportunidad, mientras se acepta permanecer su prisionero- de entender siquiera una palabra de lo que se dice; cosa que, al fin y al cabo, no es otra que la razón de ser de todo manual de economía que se respete. Sólo el cumplimiento de este objetivo ideológico puede dar lugar a decir con absoluto desparpajo que "El trabajo de los productores de mercancías, concebido como inversión de su fuerza humana de trabajo en general, independientemente de la forma concreta que revista, es el *trabajo abstracto*", para agregar dos párrafos más abajo que "El trabajo abstracto, que forma el valor de la mercancía, es una categoría histórica, una forma específica del trabajo social, inherente tan sólo a la economía mercantil". (Academia de Ciencias de la URSS *Manual de Economía Política*, Editorial Fundamentos, Buenos Aires, 1962, pp. 57 y 58). El intento de ocultar la propia condición de personificación ideológica del capital merced a pasar por alto el carácter histórico inherente a la forma valor de los productos del trabajo, difícilmente pueda encontrar un ardid más grotesco que éste: caricaturizar la exposición de Marx hasta hacer aparecer, como brotando de ella, el disparate manifiesto de atribuir tal carácter histórico a la sustancia representada en aquella forma valor, al trabajo abstracto materializado, al simple gasto de fuerza humana de trabajo cristalizado en su producto.

cretas del conocimiento dialéctico. Notamos en seguida que hemos reproducido idealmente por tres veces, en esencia, una misma necesidad real. La primera vez, tal como esta necesidad se nos presenta al ponernos a desarrollar, sin más ni más, nuestra acción concreta. Es decir, al realizar nuestro proceso de apropiación de la materia. Se trata, aquí, del avance del sujeto inmediato, nosotros, sobre su objeto, la materia. Y, por lo tanto, de una necesidad inherente a nuestra acción misma; de la necesidad que es abstractamente propia de ésta. La exposición toma correspondientemente cuerpo, acompañando el desarrollo de nuestra acción, en tanto ésta se realiza bajo su forma particular de proceso de apropiación ideal de la necesidad de sí misma. Pero este proceso mismo se nos muestra negándose en su inmediatez, para afirmarse como forma concreta necesaria de existencia de la materia. La materia se pone en evidencia, así, como el verdadero sujeto; nuestra acción, como movimiento específico suyo. La exposición acompaña, entonces, este segundo despliegue de la necesidad de nuestra acción, siguiendo el desarrollo de la necesidad de la materia como sujeto concreto. Devenir que determina su propia necesidad como forma concreta de realizarse la posibilidad, nuestra acción conciente se nos manifiesta negándose, a su vez, como simple objeto de la determinación. Lo hace, afirmándose, ya bajo su forma específica de acción humana regulada por medio de la reproducción ideal de la realidad, como ese sujeto concreto -la materia- en su forma más desarrollada. Sujeto concreto que, en lo que de aquí se trata, se corporiza en el proceder mismo de esa reproducción; esto es, como método dialéctico de conocimiento. Es como necesidad específica de este sujeto concreto que la necesidad de nuestra acción se despliega por tercera oportunidad; y como tal se va reflejando en la exposición. Negación de la negación, el método dialéctico es la base genérica de nuestro punto de partida; o sea, de la acción transformadora que se regula a sí misma por medio del conocimiento de su propia necesidad, al reproducir idealmente a ésta de modo íntegro. Este conocimiento se muestra, ahora, en la misma forma de su método, excluyendo toda apariencia de exterioridad entre sí mismo y la acción que sostiene. Se muestra, por lo tanto, como lo que es: la regulación de tal acción; es decir, porción específica de esta acción y, en consecuencia, esta acción misma.

La sociedad es, válganos la obviedad, la forma concreta de la

materia que tiene a la regulación conciente del proceso de metabolismo social por necesidad específicamente propia. La sociedad es, pues, el sujeto concreto de esta regulación. Pero la sociedad no tiene más forma concreta de materializar esta necesidad suya, que en la apropiación individual ideal y estrictamente real. En su verdadera naturaleza de forma concreta de la relación social, la regulación conciente del proceso de metabolismo social bajo su forma de reproducción ideal de la realidad -o sea, el conocimiento dialéctico- es necesariamente tarea del obrero colectivo recortado por la ejecución de la transformación de su medio en base a esta regulación misma. Este obrero colectivo sólo se afirma en su unidad como tal respecto del proceso de apropiación virtual de la realidad en sí, en el desarrollo, por cada uno de sus miembros, de, cuando menos, la reproducción íntegra de la necesidad de la porción de la acción colectiva que, como tal miembro, le corresponde realizar. Al interior de este obrero colectivo cabe, en consecuencia, la diferenciación entre los momentos parciales en que se despliega la regulación y realización restringidamente dicha de la acción. Pero no tiene cómo caber en este interior la separación entre la regulación y la realización restringidamente dicha, mismas, de cada uno de esos momentos parciales; o sea, la separación entre el conocimiento de la necesidad de la acción y la ejecución de la acción en sí. Toda la determinación específica del trabajo de dirección se reduce, aquí, a la que emerge del conocer las formas concretas de la necesidad que se va a personificar, en la porción que esta necesidad tiene específicamente de coordinación del obrero colectivo del cual se participa. Al mismo tiempo, el desarrollo de la necesidad de su propia acción individual con conocimiento de causa por el obrero individual coordinado lleva en sí, de suyo, la reproducción ideal de la necesidad de la coordinación de tal acción; y, por lo tanto, la reproducción ideal de la necesidad de la acción del coordinador mismo. La dirección de la acción excluye de sí, pues, el sustentarse en el monopolio sobre el conocimiento de la necesidad a encarnar por quienes actúan directamente, por parte de quien la ejerce. Y, más aún, esa dirección no tiene otro modo de realizarse que la conciencia de la necesidad de la propia acción por parte de estos actores directos mismos. Bien mirado, lo que verdaderamente ocurre es que el trabajo de dirección ha perdido, bajo estas condiciones, su razón histórica de ser tal, y, luego, su existencia misma. No queda de él

más que la simple coordinación del obrero colectivo que conoce, en la individualidad de los miembros que lo conforman, su propia necesidad. Por decirlo de otro modo, la acción regulada bajo la forma de conocimiento dialéctico es la abolición de la separación entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. La regulación de la acción mediante la reproducción ideal de la realidad, el conocimiento dialéctico, es, hoy por hoy, forma concreta necesaria del capital. A su vez, el capital es la negación misma del proceso de metabolismo social conscientemente regulado. Sin embargo, por la misma forma de su proceso, el conocimiento dialéctico lleva en sí como necesidad que le es propia, aquella necesidad inherente al proceso de metabolismo social conscientemente regulado: el ser producto de los individuos libremente asociados. En el desarrollo de la forma de su proceso determinando la forma necesaria del sujeto social capaz de realizarlo, el conocimiento dialéctico pone en evidencia, pues, por su sola forma, que únicamente es potencia del capital en tanto éste tiene, por necesidad histórica, el aniquilarse a sí mismo mediante el desarrollo de las condiciones materiales de dicha regulación consciente²⁶.

²⁶ En su desarrollo histórico rumbo a ser la forma general de la regulación del proceso de metabolismo social, es decir, en su desarrollo necesario desde forma concreta del capitalismo a forma concreta del socialismo, el conocimiento dialéctico convive, como bien sabemos, con la regulación de la acción en base a la representación ideal de la realidad. Y lo hace, por cierto, al punto que el obrero colectivo que personifica a aquella regulación se ve constantemente enfrentado a la necesidad de definir la integración de su acción concreta con la del obrero colectivo que personifica a esta otra regulación. Allí donde esta integración tiene lugar, se produce una diferenciación al interior del obrero colectivo consecuentemente conformado. No hemos desplegado aún las determinaciones históricas concretas del desarrollo de la conciencia en el capitalismo. Luego, sólo nos cabe señalar aquí la necesidad de la porción del obrero colectivo que regula su acción mediante la reproducción ideal de la realidad, de dar cuenta de la necesidad de la otra porción de este obrero, que lleva a esta porción a actuar con un conocimiento de causa limitado a las concatenaciones aparentes -con lo cual, la primera porción ocupa el lugar de conciencia enajenada de la segunda-. Y, por sobre todo, señalar la necesidad de la primera porción, nuestra necesidad, de conocer la propia necesidad que da razón a la acción unitaria con la parte del obrero colectivo cuya conciencia se encuentra limitada a las apariencias. Así mismo, resulta oportuno añadir por ahora que, si la referida asociación

Pues bien, tal vez no falte quien crea ver en lo expuesto, poco más que un curso razonable, tirando a obvio hoy día, para el desarrollo del conocimiento científico. Fuera de toda duda, quien se atenga a sólidos fundamentos teóricos no caerá en tamaña confusión. Sin ir más lejos, cómo va a considerar razonablemente científico, sea mucha o poca la amplitud de miras de la que haga gala, a un conocimiento que ha mostrado no llevar en sí, siquiera, el desarrollo de una teoría del conocimiento. Ni, más bien, el desarrollo de teoría alguna. Y que, en consecuencia, enfrenta como límite ajeno, la naturaleza verificable, falsificable o heurística de las teorías; o sea, la en sí misma irresoluble dialéctica exterior entre teoría y práctica²⁷. No, el conocimiento científico que se representa teóricamente las formas reales, el conocimiento teórico, se encuentra completamente a cubierto de compartir la ilusión referida. Para esta forma del conocimiento científico, que impera actualmente de modo absoluto en la escena mundial, la reproducción ideal de la realidad no puede ser otra cosa que una sarta de elucubraciones inadmisibles. Ajena a toda lógica, diría

es, en su inmediatez, forma necesaria de potenciar el alcance de la acción de la porción del obrero colectivo plenamente conciente, esta asociación es igualmente, en sí misma, expresión del límite a la potencia alcanzable por el obrero colectivo en su unidad, que emerge de la presencia históricamente determinada de la porción suya de conciencia limitada. De donde, la primer porción del obrero colectivo lleva en sí, como condición al desarrollo de su propia potencia, la necesidad de avanzar en la transformación de la segunda porción en una de su misma especie. Mal que les pese a las fantasías reaccionarias cuya única gracia reside en la proyección de las inmundicias de la conciencia enajenada propia del capitalismo, a una regulación social cuya realización no sólo es la anonadación de toda conciencia enajenada, sino que tiene a esta anonadación por condición material de existencia.

²⁷ Sólo en la etapa histórica del desarrollo de la humanidad en que la regulación del proceso de metabolismo social por medio del pensamiento, esto es, la regulación específicamente humana del proceso de metabolismo social, se enajena tornándose en forma concreta de la regulación autónoma de este proceso por la producción de valor, el conocimiento científico puede aparecer negando su verdadera condición inmediata de forma necesaria de regulación de la acción conciente; y aun como la negación misma de la acción, como el abstracto opuesto a ésta; es decir, como conocimiento teórico.

ella; e, incuestionablemente, no andaría en esta afirmación tan alejada de la verdad: si algo se ha mostrado hasta aquí ausente de esa reproducción ideal es, precisamente, la lógica.

Impreso en febrero de 1992
en Talleres Gráficos Su Impres
Tucumán 1490, Buenos Aires

El conocimiento dialéctico

La regulación de la acción en su forma de reproducción de la propia necesidad por el pensamiento

Juan B. Iñigo Carrera

La formulación de teorías aparece actualmente como la forma natural del conocimiento científico. Pero la propia teoría científica ha llegado ya a la conclusión lógicamente inescapable de que es imposible poner en evidencia la verdad o falsedad de las teorías previamente a la acción. Por lo tanto, las teorías científicas sólo son formas de *interpretar* al mundo y, como tales, la negación misma de la acción conciente, de la acción que conoce su propia necesidad. El socialismo es el proceso humano de metabolismo social concientemente, luego científicamente, regulado. Tanto como el conocimiento científico esté condenado a la interpretación, el socialismo está condenado a la imposibilidad.

La cuestión del desarrollo del conocimiento científico es verdaderamente, hoy día, la cuestión del desarrollo de la necesidad del capitalismo de aniquilarse a sí mismo en una forma social superior. Se trata así, específicamente, *del desarrollo del capital en acción revolucionaria conciente*. Y, por lo tanto, del desarrollo de la organicidad misma de esta acción, del desarrollo del conocimiento científico como forma concreta necesaria de la acción política radical.

No es el conocimiento científico quien se encuentra ante el fin de su historia. Quien lo está, es la *teoría científica*, forma históricamente específica de ese conocimiento cuando éste es potencia enajenada en el proceso humano de metabolismo social autónomamente regulado mediante la valorización del valor, esto es, en el capitalismo. La crítica de la ciencia hoy universalmente dominante no toma cuerpo en la construcción de una nueva teoría científica, sino en la superación de la teoría científica misma. No se trata de concebir una nueva *representación de la realidad*, condenada por su sola condición de tal representación a responder a una necesidad constructiva ajena a la necesidad real, a una lógica. Se trata de *apropiar virtualmente a la realidad reproduciendo su necesidad mediante el pensamiento, de la reproducción ideal de la realidad*. El desarrollo del conocimiento científico como regulación de la transformación de la sociedad actual en la de los individuos libremente asociados es, pues, la *crítica de la teoría científica*.

En la misma forma de su método, esto es, como *conocimiento dialéctico*, la reproducción de la propia necesidad real mediante el pensamiento se muestra inmediatamente excluyendo toda apariencia de exterioridad respecto de la acción que sostiene. Se muestra, por lo tanto, como lo que es: la regulación de tal acción; es decir, porción específica de esta acción y, en consecuencia, esta acción misma. La investigación científica supera así toda apariencia de ser el abstracto opuesto de la práctica, para afirmarse como *crítica práctica*. El despliegue de las formas del conocimiento dialéctico en tanto específicamente tal, sirve ya como punta de lanza para el trabajo necesariamente colectivo en que toma cuerpo la reproducción ideal de nuestra necesidad real; hoy por hoy, la regulación con conocimiento de causa de la transformación radical de la sociedad.